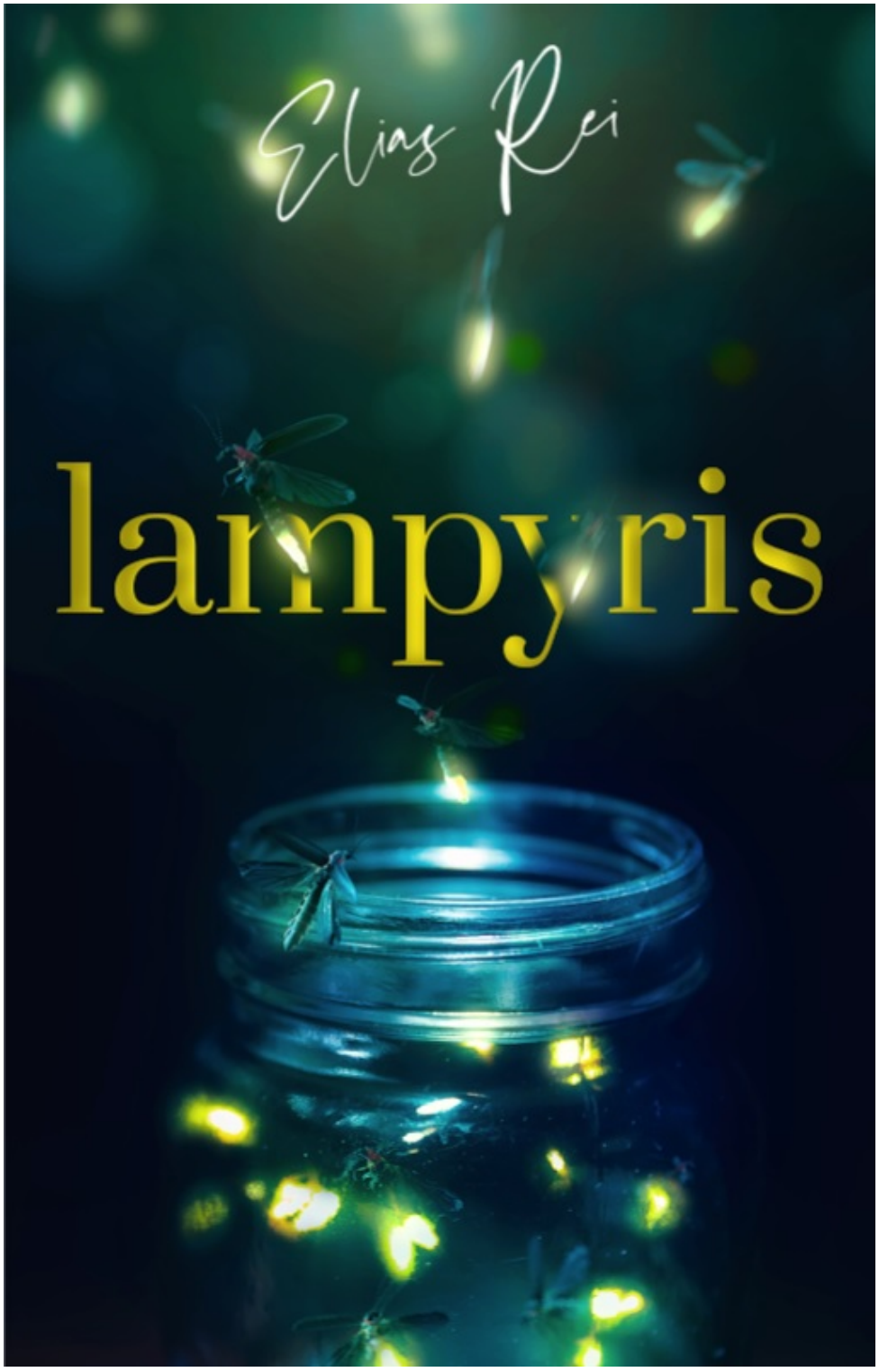
lampyris

Elías Rei



Capítulo 1

La última curva, la que daba justo a la calle donde comenzaba la vida comercial de la villa, era la más peligrosa de la carretera. Cualquier incauto que se dejara llevar por ella podría ocasionar un accidente mayor. No solía suceder debido a la poca afluencia de gente externa a nuestro territorio; la autopista era de todas formas mucho más rápida y nuestro camino no solía aparecer en los mapas.

Esa noche, sin embargo, fue la gota que derramó el vaso. Desde hacía meses, algún grupo de adolescentes habían comenzado a robarse la paz del lugar, tomando la ruta hacia la villa y despertando a la gente a media noche. Incluso por la madrugada, en algunos edificios se leían grafitis explícitos dedicados a los habitantes.

—¡Ahí! ¿Los viste?

Giré el volante regresando al camino que llevaba a la villa. Estábamos encomendados a atraparlos y entregarlos a la policía como otra prueba de sus acciones. Sus autos, no obstante, eran más modernos y grandes que los nuestros, algún último modelo de Jeep comprado por sus padres.

—Van muy adelante.

—Entonces acelera, no hay nadie por aquí a esta hora.

Mi primo, César solía agitarse cuando sucedían disturbios a la villa; su amor por ella le removía los sentimientos y era capaz de pelear con alguien tan sólo por pensar en insultarla.

Aceleré lo posible sabiendo que la última curva se aproximaba entre los pinos y la vegetación de la temporada. Mi visión era casi nula. Y luego oímos un estruendo.

Nos observamos por un segundo.

Bajé la velocidad el último tramo antes de que pudiéramos visualizar lo ocurrido.

La camioneta del escuadrón de vigilia se hallaba detenida frente al estacionamiento del taller de autos del viejo Ron; en la pared de concreto y sin haber ocasionado mayor daño a la estructura, se había estampado uno de los Jeeps de los culpables del disturbio y echaba una fumarola blanca desde el motor.

A medida que nos acercamos, vimos salir a Miles y Tiberius de la camioneta con sus uniformes intactos y sin rastros de algún incidente, tan

sólo aspectos impresionados.

—¿Están bien? —preguntó César después de bajar la ventana a prisa, Miles levantó su pulgar.

—Perdimos a los otros. Creo que hay tres allí dentro —señaló Tiberius apuntando el desastre.

Me detuve a distancia prudente, bajamos sin vacilar para inspeccionar la gravedad del asunto.

—¿Qué sucedió? —César adelantó el interrogatorio mientras caminaba al frente de todos.

Tiberius se le unió a su paso; una visible diferencia de estatura que le sacaba a César no hacía al otro verse como alguien menos imponente. Cuando mi primo se molestaba, no se andaba con juegos.

Tiberius respondió—: Los idiotas aceleraron justo en la curva, casi salen volando en el desnivel y perdieron el control.

—Mi papá va a matar a alguien cuando vea esto. Si es que no están muertos ya.

—Miles, cállate —reprendí sacando mi linterna del bolsillo, los demás también traían una consigo.

Lo que vi no me gustó.

Justo al medio y apenas visible a través de las bolsas de aire, entre los asientos de adelante se hallaba el cuerpo de uno de ellos boca abajo y sobre el panel de controles. No se movía.

Los otros dos sujetos se quejaban en voz alta, lo tomé como buena señal.

—¿Están bien? —Preguntó César antes de abrir la puerta del piloto.

—No puedo respirar —dijo el conductor.

—Ese chico no traía puesto el cinturón de seguridad. Llamaré a la ambulancia y al hospital.

Los jóvenes apenas se dieron cuenta de su compañero en ese momento, tuvimos que negarnos a que lo movieran, y de inmediato, soltaron a llorar.

Intenté retirar el cinturón de seguridad del conductor. —Llama a mi

abuelo, dile que traiga al comisario.

No intentamos ir más allá de desabrochar los cinturones y retirar las bolsas de aire de la vista. El auto pudo haberles prensado las piernas, aunque por lo que alcanzábamos a divisar, no estaban tan malheridos. Tampoco y de milagro había señas de que la gasolina del tanque se hubiese derramado, pero no bajamos la guardia.

La ambulancia tardó un par de minutos en arribar, enseguida llegó la policía local. Dimos nuestra versión de los hechos en el lugar, mas ya había pruebas de quejas recurrentes en esa situación y nos dieron su confianza.

Cuando mi abuelo llegó, ordenó que se los llevaran al hospital de la ciudad en calidad de detenidos. Lo que pasó después de eso, la comisaría intentó hacerse cargo.

Me vi arrastrado a la fuerza por César, instruido por mi abuelo, a alejarme de allí para no enfrentar a la policía de la ciudad, ni a los forenses, ni posibles reporteros. Su deseo era mantenerme a raya de los escándalos antes de sucederme su lugar, uno al que no le tenía mucho afecto.

No pude dormir esa madrugada. Mi abuelo llegó a mediodía a casa y no comió lo que había preparado mi abuela esa mañana.

Tomó asiento en el comedor frente a mí, primero estirando sus brazos y deshaciéndose de la chamarra que lo cubría. Rascó su barba pensativo unos largos minutos.

Tenía que cuestionarle cómo había resultado todo.

—¿Nos llamarán a testificar?

Él no me miró, detuvo sus manos y las colocó al frente sobre la mesa.

—César y tú ya hablaron sobre lo que vieron, no tienen la obligación de regresar; Miles y Tiberius, sin embargo, ellos tal vez sí sean llamados por la policía de la capital alguno de estos días.

Entendía. No había mucho que hacer por ellos.

—Si ustedes deciden ir es decisión personal, pero podrían intentar intimidarlos.

Recargué mi espalda en la silla. Los gemelos eran apenas más grandes que yo por algunos años y no solían meterse en problemas, imaginarlos

en la cárcel me agitó la mente.

—Van a intentar culparlos, ¿verdad? Los aniquiladores.

El abuelo suspiró, su bigote blanco se movió con el mismo aire. Entonces me miró.

—Podemos tener fe y esperar a que no suceda. Sabes que es lo menos probable, pero debemos actuar como si sus movimientos sucios no nos afectasen en lo más mínimo. Nunca sabes quién está observando, y tratarán de encontrar una manera de incomodarte.

—¿Rommel? —La abuela se asomó desde el patio trasero de la casa— ¿me ayudarías a mover los ladrillos de lugar?

Con una última mirada, el dejó su asiento para ayudar a mi abuela en su tarea por cambiar el camino de grava que odiaba. Pasaron en ello casi toda la tarde.

Yo me obligué a salir a caminar y despejar la mente. Me llevé a Ray, mi golden, para que me ayudara a aliviar las tensiones. Funcionó al menos durante el resto de la noche.

□□□□□□□□ □□□□□□□

Al día siguiente, los sobrevivientes hicieron lo esperado: dejar caer el peso del accidente en los gemelos Salassi, en medio de un remolino de mentiras que dejaron mareados tanto a mi abuelo como a la misma policía capitalina. Al parecer, el muchacho fallecido, era nada más que el hijo de uno de los principales aniquiladores de la ciudad.

Ellos dedicaban su vida a encontrar a gente como la mía totalmente desprevenida, para sin piedad deshacerse de ella. Tenían la creencia de que nuestra gente atacaba seres humanos y los usaba en rituales caníbales, alguna sandez ignorante con tintes políticos y territoriales.

Los gemelos fueron culpados de homicidio y otros delitos graves.

Lo que no me esperaba, era que llegaran esa misma mañana de domingo a la villa y se los llevaran arrestados. Mi abuelo, de nueva cuenta, me mantuvo detrás de él todo el tiempo y me pidió que guardara silencio. Ahí estábamos varios conocidos cercanos para saber cómo ayudar.

César trató de llamar al bufete de abogados que ayudaba a la comunidad, no obstante, le pidieron que dejaran el proceso fluir, y ellos se encargarían una vez llegasen a la ciudad. De alguna forma, mi abuelo irradió tranquilidad en todo el asunto.

No se veía preocupado, menos alterado.

—César, llama al técnico del sistema de seguridad, necesitamos que nos entregue los archivos de todas las ocasiones en que han venido a alterar la tranquilidad de la villa.

Él asintió en silencio.

—Para ayer, César.

César corrió al edificio de la comisaría, era donde nos encontrábamos en ese momento.

—No permitas que te vean así. Compón esos hombros y regresa con tu abuela. No hay nada más que hacer.

—Sí señor —Lo vi subir a su camioneta clásica y alejarse. Tendría alguna reunión de emergencia con los líderes de la comunidad.

Me inquietaba de cierta forma que, aun deseando que yo tomara el mando en algunos años, no me permitiera formar parte de algunas cosas. Él lo sabía, así como era consciente de mi disgusto por el futuro. Tal vez era su forma de reducir mi hostilidad.

En todo el camino de regreso sentí un frío extraño en el ambiente. No era un clima común en primavera, y podía ver que iba a cambiar para mal.

Mi abuela esperaba sentada en el porche. Hacía otro suéter más para la colección.

—¿Te hizo regresar solo?

Subí los escalones al porche y me quedé allí sentado con ella, en el sillón de madera construido por mi padre para su propia casa.

—Ya sabes, lo de siempre.

Ella asintió sin voltear a verme. Restregué ambas manos por mi rostro, un intento de apaciguar la tensión de los músculos en él. Con la mirada paseando en el suelo, fijé mis ojos en un momento hacia la madeja de estambre rojo por completo enredada a sus pies, de donde sacaba un hilo

para continuar con su tarea.

Le ayudé a desenredarlo sin estorbar en su trabajo.

—Tu abuelo quiere lo mejor para ti.

—Sí, lo sé.

—Pero también es el líder de esta comunidad, y no puede simplemente deshacerse de esa responsabilidad. Debe asegurarse de dejarla en buenas manos.

—Solamente tengo un problema con eso.

Ella bajó su tejido sobre el regazo. No la enfrenté mientras me ponía atención.

—¿Por qué soy yo esa persona? ¿Sólo porque soy su nieto? No parece muy sensato.

—Es porque te conoce mejor que a nadie. Sabe de lo que eres capaz.

—No me refiero a eso. Hay más personas en la villa que pueden cubrir ese espacio con mayor felicidad que yo, mucho más capacitadas también. Yo sólo sé cocinar.

Ella suspiró, mas no discutió lo dicho. Generalmente, al líder de la villa no se le cuestionaban sus decisiones, uno podría opinar, solo no era parte de nuestro trato hacia la figura más alta de respeto.

—Además, no es como que sea algo forzoso pasar la batuta a alguien de la familia. Entiendo si en su mente ésta es la forma de honrar a su padre, mas yo no le debo nada a nadie.

La miré. Eso que observé en ella era una mirada de decepción, o algo cercano a ello.

Guardamos silencio durante la siguiente hora. Pudo haber sido más tiempo.

El abuelo entró a la propiedad en su camioneta, el semblante serio, la barbilla tensa.

Y justo detrás de él, se acercaba un automóvil cuyo modelo no había visto antes andar por la villa; solía reconocer autos como ese porque eran contadas las familias con lujos dentro del territorio. Y ninguna tenía un

auto de un verde tan llamativo.

Mi abuela y yo nos pusimos de pie tan pronto vimos al auto estacionarse frente al porche, lejos de la camioneta de mi abuelo. Me acerqué a la escena, bajé las escaleras para divisar a la persona dentro; era una mujer. No abrió la puerta hasta después de unos segundos.

En toda mi corta vida, sensaciones habían ido y venido desde que mi instinto despertó en mi adolescencia; no todas las mujeres contaban con el gen, y no todos los hombres lo desarrollaban. Mi olfato y mis oídos eran mejores, y debido a eso, poseía facilidad para descubrir cosas sobre las personas que usualmente uno no podría saber, cosas significativas.

Como si habían bebido café por la mañana, o lo que hubiesen almorzado. Si habrían tenido contacto con otra persona que yo conociese, y olores remanentes de lugares en donde estuvieron antes.

No obstante, lo que recorrió a mis sentidos esa tarde, no fue nada con lo que yo hubiese tenido contacto antes. Nunca un olor igual a ése. Nunca un escalofrío tan repentino que, sin embargo, no me disgustara.

Ella no nos permitió ver su rostro al inicio, usando su cabello lo cubría al dar los primeros pasos lejos del auto. Era una mujer bajita, con una postura derecha; aun así, percibí su nerviosismo.

El pulso me retumbó en los oídos. Mis uñas encajadas en la piel de mis manos me sirvieron para mantenerme de pie.

El aire me trajo la fragancia de su perfume. Era un olor similar al de una toronja recién cortada, mezclado con el aroma enfadoso del aire acondicionado de un auto.

—¿Dexter? —llamó mi abuelo, en mi mente fue parecido a un eco— Estoy hablándote, ¿la conoces?

Logré negar con la cabeza. Respiré un par de veces rectificando mi compostura.

Aequalis.

Repitieron las memorias de mi cerebro. Lo había escuchado antes a pesar de que la gente solía hacer escasos comentarios al respecto; nunca tan seguido, nunca en voz alta. No a todos les ocurría de todas formas. Para las nuevas generaciones incluso comenzó a volverse un mito.

Demonios, sí.

Después de todo, sí existía tal cosa.

Ella terminó de acercarse por desconfianza, o así lo supusimos, a unos metros de nosotros cuidando su espacio, tal vez no deseando mostrarse como una intrusa.

Retiró el cabello de su rostro. Podría bien tener mi edad.

—Lamento introducirme así, sé que traspasé su propiedad, pero me han dicho que ustedes son… ¿los dueños de aquí?

—Yo soy el alcalde —respondió mi abuelo, con el título que, frente a un turista, debía utilizar—, ¿qué buscas aquí?

Movía sus dedos unos contra otros casi cubiertos en la chamarra envolviendo sus hombros. Noté el color que subía a sus mejillas, y luego inundó toda su cara tiñéndolo de rosa.

—Primero necesito decirle que vengo en son de paz y de ninguna forma les deseo algo malo a ustedes ni a su pueblo.

—¿Rommel? ¿Qué sucede? —preguntó mi abuela sin recibir respuesta.

La chica llevó sus pupilas oscuras a ella, luego a mi abuelo, y por último a mí con un deje de preocupación, las orillas de sus ojos llenas de lágrimas y la nariz roja. Mis hombros se volvieron más pesados. El corazón me seguía golpeando a martillazos en el pecho.

—Mi nombre es Nova, vengo de la ciudad. Mi hermano era John Silva, fue el joven que murió en el accidente del viernes estando aquí con sus amigos. Y creo que ya saben quién es mi padre.

Tragué duro; en mi boca, un sabor amargo me subió desde la garganta. Tuve frente a mis ojos una visión de un mareo que nunca llegó. La evité, me mostré tan duro como se esperaba de mí.

—Avar Silva —dijo él—. Aún no nos dices qué buscas aquí.

Ella movió la cabeza, sus lágrimas rodaron y fueron limpiadas en seguida.

—Vine con el propósito de hacer algo bien. Necesito advertirles que mi papá tiene ahora la excusa perfecta para destruir este lugar. Quiero ayudarlos, lo digo en serio.

El silencio reinó los rincones del lugar.

Las dudas rondaron nuestras cabezas, y caímos en cuenta del peligro

inminente que se avecinaba en la villa.

Los aniquiladores se habían ganado su nombre a pulso después de todo.

Y el padre de Nova, habría sido en el pasado el encargado de eliminar a mi familia.

Capítulo 2

Ella extendía su teléfono para permitirles ver imágenes con las pruebas de lo que salía de su boca. Tanto mi abuelo como mi abuela mantuvieron un rostro en blanco y no decían más de lo necesario.

—Se volvió pedante y controlador. Él y sus amigos solían hacer bombas caseras, y honestamente me sorprende que nunca trajeran una aquí. Me alivia saberlo.

Ella se alzó sobre la mesa para mover el teléfono y mostrarles otras fotografías, mismas que observaron con atención. Luego regresó a su lugar con los brazos sobre el regazo.

—Ellos les tienen miedo.

—¿Estarán planeando tomar estas tierras? —pregunta mi abuela a Rommel.

—No es tanto eso —Se adelanta Nova—, es la desconfianza, la ignorancia. La renuencia a aprender sobre cosas con una explicación que desafía lo que conocen. Mi padre es un hombre muy conservador, todos los aniquiladores lo son. Y bueno, los ataques ocurridos en el pasado de parte de la gente de la villa a los citadinos no ayudan a su reputación.

—Nuestra gente es buena —responde mi abuelo entregándole el teléfono—. no buscamos problemas con nadie. Esas situaciones pasaron en circunstancias muy particulares.

—Tampoco es como que ustedes nos permitan conocerlos más. Su villa es un tabú con muy poco acceso; afuera de la ciudad casi nadie habla sobre ella.

—Exactamente, ¿cómo es que planeas ayudarnos? —cuestiono al ver que no estábamos llegando a nada en concreto. Mi voz pudo haber salido temblorosa, quise pensar que no.

Cuando ella me miraba denotaba seguridad, seguía bajo una cantidad inmensa de estrés, y aun así trataba de mantener su cordura. Me encontraba impresionado.

—Mi papá y todos los aniquiladores tienen armas, muchas. Las han estado coleccionando por décadas, le hacen creer a la gente que es por deporte, pero mi papá las tiene por montones en el garaje —Ella nos muestra más fotos desde donde se encontraba—, ¿ven? Intenta esconderlas, a veces olvida cerrar la puerta del almacén con llave y cree que no me doy cuenta.

O tal vez lo hace a propósito, ya no sé.

Después de pasar varias fotos por la pantalla, procedió a buscar otra cosa en su celular, y oímos una voz proveniente de él.

—…ya lo hemos discutido antes, quien entra en esto entra de lleno. Si tenemos suerte, pronto daremos con uno de ellos en el acto y lo expondremos…

En el intercambio de los mensajes podíamos entender un posible ataque a la villa; tan sólo necesitaban una metida de pata de un miembro, y pondrían al resto del mundo en contra nuestra. Como si ya no tuviésemos encima cierta fama de leyenda urbana.

Al terminar los audios mi abuelo me sostuvo la mirada por un rato. Nova guardó su teléfono en el bolso que cargaba, y del mismo, sacó una libreta de talla mediana, desgastada y con el espiral deforme por el uso.

—Si todo lo que les he mostrado no les convence, tengo esto. No sé si mi papá va a darse cuenta de que existe, entonces agradecería que si lo llegase a necesitar, pudieran dármelo de vuelta.

Mi abuelo y yo percibimos gente acercándose a la casa. Con un solo vistazo, me pidió guardar silencio.

Sobre la mesa, les acercó la libreta usando una mano temblorosa. Se dedicaron a mirarla con recelo.

—Era de mi hermano. Allí hay mapas de este lugar, tenían un rato dando vueltas por aquí por lo visto —Rommel tomó la libreta, la hojeó comprobando lo dicho—. Hay listas de armas, nombres de tiendas para conseguirlas, números de teléfono; algunos son de sitios online para comprar municiones, otros son de teléfonos particulares, imagino que es gente metida en esto. También tienen fechas de reuniones, los acuerdos que hacían y las estúpidas reglas de su grupo, se creían una clase de "herederos" de los aniquiladores…

Oímos unos toques desde la puerta principal, la invitada se estremeció en su asiento y cerró los labios de inmediato.

—Creo que es suficiente por hoy —Rommel cerró la libreta en sus manos—. Te agradecería si me permites revisarla a solas.

Ella asintió sin decir palabra.

Los golpes volvieron a resonar más fuertes que antes.

—¿Señor? Necesitamos hablarle sobre algo urgente.

—Espere… —Alcanzó a murmurar Nova, mi abuelo apenas si logró ponerse de pie— quisiera poder pedirles algo a cambio. No es mi intención abusar de la situación, veo esto como… como un intercambio justo.

—Rommel, esto podría no ser buena idea —Mi abuela los observaba con reserva.

—Deja que hable.

Nova tomó una larga respiración. Los golpes proseguían afuera.

—Necesito salir de mi casa, no quiero tener nada que ver con lo que queda de mi familia en la ciudad, y tal vez podría esconderme aquí por un tiempo.

—Rommel, necesitas salir a hablar con ellos.

—Primero que llegue a su punto.

—¡Rommel! ¡Apenas si sabemos quién es ella!

Mi abuelo hizo un ademán para detener a mi abuela, quien se había colocado a su lado.

—Abuelo… —Alcancé a decir antes de ser interrumpido.

—¡No quiero estar involucrada en nada que mi padre esté planeando hacer! —Ella lloraba con la voz deshecha y su ceño se elevó intentando detener las lágrimas— No soy una niña, tengo treinta años ya y me gustaría pensar que aún hay una oportunidad de continuar con una vida normal, o al menos algo mejor que esto.

El silencio pesando a nuestro alrededor se vio interrumpido sólo por el ruido de la puerta.

—Cady —llamó la atención de mi abuela—, sal y habla con ellos, por favor. Diles que esperen.

Mi abuela pudo haberse negado, sin embargo, ella como todos nosotros, también entendía de la posición de mi abuelo en la villa. Él no cambiaría de opinión. Se retiró de la cocina dejándonos solos.

—¿Por qué aquí? —cuestionó— ¿Qué te hace pensar que éste es el mejor lugar para eso?

Nova se limpió las lágrimas en su ropa.

—M-mi mamá… ella me dijo una vez que ella pertenecía a una familia de la villa. No era algo que pudiese contar en la ciudad con cualquier persona. Siento que aquí es el único lugar en donde yo estaría más segura, no pensarían en mi escondida en este sitio si le dejo una nota a mi padre.

Mis hombros cayeron, no había notado la tensión. Mi abuelo y yo nos miramos confundidos.

Y la conexión que yo había sentido hacia ella comenzaba a tomar sentido en mi cabeza. Me sentí más obligado a decírselo a mi abuelo.

—Debe haber algún registro, ¿qué tanto sabes de su familia?

Ella se abrazó a sí misma con las manos, apenas si nos dirigía la mirada.

—Era huérfana, siendo muy pequeña la adoptó una pareja de la ciudad y cambiaron sus apellidos de nacimiento. Tan pequeña como para siquiera recordar sus rostros. Yo sospecho… y ella también lo hacía, que mi madre era una de ustedes, de su comunidad, si no, ¿por qué su familia no le habló con detalle de lujo sobre su adopción y su anterior vida?

—Entonces ¿cómo estaba ella segura?

—Sus padres se lo dijeron antes de partir a la universidad, a lo mejor planeaban redimirse, nunca volvieron a tocar el tema.

—¿Has intentado hablar con ellos? —pregunto.

Nova suelta una risa irónica. —Pues no, ellos ya eran demasiado mayores incluso para adoptar. Murieron hace bastante, yo todavía no nacía.

Rommel se llevó una mano al rostro tratando de componerse. Nova ya no lloraba, en su rostro quedaban los vestigios de una conmoción, y el color rojizo acumulándose en sus mejillas me provocó una sensación de pesadez en el estómago.

—Necesito estar seguro de que lo dicho es cierto, no puedo arriesgar a mi pueblo así por una desconocida —los ojos de Nova se abrieron en desmesura tras las palabras de mi abuelo, él lanzó la libreta sobre la mesa en su dirección—, deja allí su nombre y un número de teléfono y si descubrimos algo, nosotros nos contactaremos.

Asintió cargada con un tipo de emoción inescrutable, y con un lapicero de

su bolso hizo lo indicado.

A pesar del escenario de mi situación personal, no logré entender por qué mi abuelo accedía a ayudarla, poniéndonos en riesgo a los demás. Aún seguíamos sin conocerla.

—Ahora debes marcharte.

Aguardamos a que las personas que buscaban a mi abuelo fueran escoltadas al jardín trasero en donde no verían marchar a Nova. No me interesé mucho en la excusa que les daría Rommel para justificar el carro llamativo estacionado al frente.

Al calmarse las aguas a mi alrededor, cayó encima de mi cuerpo la más pesada de las brumas. Me obligó a sentarme en el sillón del porche, los ojos perdidos en el camino que ella había dejado atrás al marcharse.

Me costaba respirar. Erguí la espalda, apoyando mis brazos en las reposaderas. Casi me hallaba al borde de la hiperventilación.

Mi abuela tomó asiento a mi lado, permitió que el aliento regresara a mí antes de proceder a inquirir en mi visible estado nervioso.

—¿Debo preguntarte qué te tiene así? ¿O lo intuyo por mi cuenta?

Tragué duro.

—No sé qué me está pasando.

Por el tiempo que le tomó responder, debió haber analizado mis palabras con cuidado. Una mano suya se apoyó en las mías, juntas sobre mis piernas.

—Oh hijo. ¿Por qué no se lo dijiste a tu abuelo? Eso hubiera cambiado las cosas.

Con la garganta seca me forcé a mí mismo a hablar—: No era el momento, no iba a hacerlo frente a ella.

Mi abuela soltó mis manos y se reacomodó más cerca. —Si tú y ella tienen un nexum, sólo hay una explicación. Y si es así podría ser verdad lo que dice.

El nexum sólo existía entre miembros del clan.

Nova podría ser quien decía que era. Tal vez.

—Rommel tiene razón —Le contesté viendo cómo su cara pasaba por diferentes etapas, de la esperanza a la decepción— no puedo ser tan estúpido y dejar que algo malo pase por mi culpa. ¿Y qué si sus intenciones no son buenas?

—¿Vas a arriesgarte a perderla?

—¡No me puedo permitir escoger entre una mujer y mi pueblo! ¿Qué esperas de mí? ¡Ella ni siquiera pertenece aquí! No sabe nada sobre nosotros.

Enseguida lamenté haber levantado la voz. Mi abuela desvió la mirada a la carretera, después asintió con la expresión seria.

—Entiendo.

Exhalé —Abuela, lo siento…

—No, hijo, tienes razón, yo lo entiendo. Creo que me ganó el sentimentalismo por un instante. Soy vieja y eres mi único nieto después de todo, no me juzgues.

Esperamos juntos a que mi abuelo terminara su improvista reunión.

Dado el semblante de mi abuela, terminé por convencerme de que involucrarme en la investigación de la familia materna de Nova no me quitaría nada, y podría hacerme más fácil apoyar a mi abuelo en sus decisiones.

La sensación de opresión en mi pecho, no obstante, no fue liberada hasta la siguiente vez que la vi.

Capítulo 3

El hombre frente a mi mantuvo una expresión ilegible mientras mi abuelo revelaba todos los hallazgos recientes, desde la visita de Nova, hasta lo escrito en la libreta, al consejo de fieles figuras líderes de la villa que rebosaban en el auditorio de la secundaria. Entre ellos, el viejo Ron, padre de los gemelos Salassi y el mecánico más prominente de la zona; Cady, mi abuela y quien actuaba de excelente mediadora; la señora Una, la jefa de enfermeras del hospital regional; y Maximus, el comisario de la villa.

Entre los demás, había maestros respetados, profesionales experimentados de diferentes ámbitos y presidentes de consejos de vecinos. Teníamos apenas media hora en la reunión, mi abuelo ya había abarcado lo más importante y las dudas no tardaron en aparecer.

Desde el otro extremo del óvalo que habíamos formado alrededor de mi abuelo, era capaz de ver con detalle el rostro descompuesto de César, sus ojos taladrándome con fuerza. Ya me odiaba por no haberle contado nada yo mismo.

—¡No podemos pretender que nos sentiremos tranquilos con ella aquí!

—No se les olvide lo que su familia les está haciendo pasar a los Salassi.

—Deberíamos poder votar por lo que vaya a suceder.

César levantó la mano. Pasó un momento hasta que Rommel, con un movimiento de sus manos hizo callar a la audiencia y le diera la palabra.

—Me ofrezco a ayudar a comprobar la información que dice la chica, si Sero está de acuerdo con eso.

Nuestros ojos pasaron al chico de tez oscura, vestido de manera formal y con una postura distinguida en una de las filas del fondo. El susodicho, quien era unos cuantos años mayor que nosotros, levantó los hombros indiferente.

—No tengo problema con eso.

—Y si lo que dice es cierto —Se levantó de su silla el viejo Ron—, ¿dejarás a la chica quedarse?

Hubo unas cuantas voces de protesta aullando de todas partes del lugar. Mi abuelo cruzó ambos brazos sobre el pecho mirando hacia el suelo, pensaba en las palabras que debía usar ante la pregunta.

Mi abuela y yo, sentados uno al lado del otro detrás del bullicio, nos observamos con la barbilla baja y en silencio. Ella decía mil cosas a través de sus pestañas, y yo me sentí acorralado, como si tuviera en realidad algo para decir que aportara a la situación cuando lo único que ocasionaría, sería arruinar aún más el sosiego de los habitantes.

En ese punto los reclamos se calmaron y mi abuelo tomó la palabra.

—He de decir que esta situación nos sobrepasa a todos. Créanme, no he dormido intentando reparar en cada minúscula consecuencia, en lo que vendría de tomar cualquier clase de decisión en este momento. No soy nuevo aquí. Hemos tenido que sacrificar muchas cosas en el camino. Vi a mi propio padre quebrarse la cabeza cientos de veces y morir enfermo del estrés por tal de mantener a esta villa y su gente a salvo. Lo único que puedo pedirles a ustedes como siempre lo he hecho, es mantener la calma; sean sabios en su actuar, sean precavidos y discretos, y permítanme cuidar de ustedes. No tomaré decisiones a la ligera, y en todo caso, pase lo que pase, yo mismo estaré al frente asegurándome de salvaguardar sus intereses por el de cualquier ente ajeno.

Eso bastó para dejar callados a todos. Se escucharon murmullos, mas ya no tenían argumentos para contradecirlo en voz alta. No les había dado nunca antes motivos para desconfiar de él, y tampoco los tenía ahora para hacerlo.

Tampoco se los daría yo.

□□□□□□□□ □□□□□□□

Mi abuela y yo salimos del hospital más tarde de lo habitual. Sus rutinas de chequeo cada tres meses solían terminar con una visita a Una, en su pequeña oficina donde también era el espacio de prevención y vacunaciones. Cualquiera en la villa habría pasado por allí al menos una vez en la vida.

Una le había llevado una canasta llena de fruta al enterarse de que su chequeo médico sería ese día; la cargaba en mi mano derecha, y con el otro brazo, procuraba mantener a mi abuela sobre sus dos pies a causa del asfalto mojado de esa mañana. Una vez en la vieja camioneta, mi abuela se dispuso a revisar la fruta de su regalo.

—Una sabe que ni siquiera comeré esto.

Le sonreí moviendo la cabeza. Mi teléfono vibró en el bolsillo de mi chaqueta.

—La canasta, sin embargo, es una belleza, está trenzada del asa, tal como me gustan.

César R.

Tenemos información suficiente.

Mi tío ya está en camino a la biblioteca.

—¿Te parece si hago lasaña para la cena?

Esperen por mí, quiero escucharlo todo.

—¿Puede venir César?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que puede venir.

Guardé el teléfono de regreso y di marcha a la camioneta.

—¿Todo bien?

Sabía que me observaba con cierta reserva. Mi abuelo había quedado prendado de ella justo por su capacidad de observación, la forma en que intuía y acertaba en los pensamientos de los demás. Y para su suerte fue capaz de vislumbrar un nexum con ella.

—Pregúntame cuando regrese, tal vez sepamos algo.

Conduje como desquiciado hasta la biblioteca en el centro del pueblo. Le pedí a Marjorie que se hiciera cargo por un rato del restaurante, y aceptó sólo si se lo contaba como hora extra debido a la cantidad de gente que

visitaba por las mañanas. Me pareció justo. En los últimos días, solía tener que dejarla sola a cargo de él.

Estuve seguro de que dejé mal estacionada la camioneta, aunque en esa avenida apenas si se utilizaba el espacio del estacionamiento. Los locales abiertos eran pocos, la mayoría eran de bares nocturnos y tiendas de ropa.

Me anoté en el diario de la entrada, saludé al hombre en recepción que parecía ser nuevo, y recorrí el pasillo principal hacia el estudio en donde Sero trabajaba.

Allí dentro, se hallaban él, Rommel y César, los tres en diferentes esquinas de la reducida habitación, Sero ocupaba la mesa con artículos y hojas, fotografías y mapas esparcidos sobre ella. El pulso se me aceleró de sobremanera. Obligarme a pretender estar compuesto se me hizo algo bastante familiar.

—Hola Dex.

Le hice un asentimiento a Sero. Mi garganta se hallaba bastante seca para poder hablar.

Tomé asiento en la silla vacía frente al escritorio. Sero me acercó papeles que asumí, había impreso recientemente.

—Lo que dijo la chica, al parecer, es verdad.

—Claro que, aun así, podría estar engañándonos y usando todo esto a su favor. Es sólo que se ve todo muy real —Alegó César.

—¿Puedes asegurar que esta información sea verídica? —Cuestionó el abuelo mientras yo leía entre líneas los papeles.

—No quiero ser grosero señor, pero, ¿cuándo les he provisto de información falsa?

Le lancé un vistazo agudo a mi abuelo, quien recibió la indirecta. Sero tenía amigos que se dedicaban a la investigación privada, algo así como una red de gente que se apoyaba buscando datos privados.

Entre los papeles que leía, había certificados de nacimiento y muerte, constancias escolares de la gente de la villa. Un par de fotos viejas de su madre y abuelos, demasiado jóvenes. En la fotografía de su madre de una cartilla escolar, reconocí detalles que había aprendido del rostro de Nova.

Los ojos redondos y oscuros, con pestañas largas que adornaban las

orillas de estos; el cabello largo y ondulado, y boca pequeña.

No había duda entonces.

Sero agregó—: Los padres adoptivos de la madre de Nova en efecto, tomaron posesión de su custodia cuando ella apenas tenía edad escolar. Estudió en la ciudad bajo apellidos distintos.

Debí mantenerme en ese estado de desconcierto un buen rato, pues mi abuelo tuvo que llamar mi atención un par de veces antes de soltar la vista de las fotografías.

—Hijo, yo conocí a esa familia. No éramos cercanos, simplemente sé quiénes eran y en dónde vivían, a qué se dedicaban. Eran personas honestas y serias.

—Entonces, ¿vas a darle el beneficio de la duda? ¿O ya están de su lado?

—No se trata de tomar un lado, debes ver las cosas con la cabeza fría, esto podría traernos una ventaja que necesitamos desesperadamente. Nos permitiríamos tomar medidas para prevenir que ella haga algo en nuestra contra, mandar gente a corroborar lo que nos pueda decir de su gente… podemos pensarlo bien.

Bajé la cabeza hacia la mesa; Sero me acercó un anuario escolar de mediados del siglo pasado de la única secundaria del pueblo, tenía en él dos páginas marcadas. Lo abrí en silencio, el sonido de las hojas amarillentas pasando a través del poco aire de la habitación. Probablemente la foto más reciente de sus abuelos que tuviéramos en nuestro poder; en la de ella, capturaron una sonrisa amplia, la mirada vivaz y divertida de una chica despreocupada.

En la foto del abuelo, un hombre joven y atlético, estrella deportista del pueblo y presidente del consejo estudiantil, cuyo apellido era Pervenio, y llevaba impresa en su playera de fútbol.

Por un momento, deseé confiar en la hija de esas personas. Por su bien, esperaba que estuviese diciendo la verdad.

—¿Cuál es el plan?

Una exhalación de alivio resonó de parte de Rommel. Luego, tomaron al fin asiento en sillas empolvadas de algún rincón del cuarto.

—Necesitamos que ella haga algunas cosas primero —Comienza César con evidente renuencia a la idea—, debe hacerles pensar que se irá a vivir a otro estado, otro país, no importa cómo, pero que le haga sentido a su

papá…

—Puedo conseguir los documentos que necesite —Interrumpe Sero dirigiéndose a mi—, algo con lo que pueda excusarse de haberse marchado, un trabajo nuevo, una empresa grande en donde no les sea tan fácil exponerse y atreverse a buscar por ella, cualquier cosa.

—… y después entramos nosotros. La casa donde sus abuelos vivían está desocupada, abandonada.

—¿A quién le pertenece ahora?

César respiró hondo, sacó un mapa de la villa que solíamos usar en las vigilias, y en él señaló el punto en donde habían ubicado la casa. Sero me acerca unos papeles donde se leía un testamento.

—Por derecho, a ella.

—Durante mucho tiempo pensé que vendrían a reclamar esa casa. Hasta hace algunas décadas la olvidé por completo —Mi abuelo se acercó desde su asiento a la mesa, daba un vistazo a las cosas en la mesa—. Necesita reparaciones, puedo mandar a gente para que la vuelvan habitable. Nos tomaría unas semanas.

Dejé que de mis manos cayeran todas las hojas sobre la madera barnizada, necesitaba un respiro. Rasqué mi cara en un intento por remover la tensión de mis músculos faciales.

Incluso César estaba en parte de acuerdo con eso, no podía negarlo.

—Ya lo tienen todo preparado, ¿no es así? —Traté de sonar ameno, pero las palabras me salieron resentidas.

—Debemos tomar medidas —soltó César levantando los hombros—. Hacer las decisiones es difícil, pero más difícil es quedarse sin hacer nada viendo cómo las oportunidades se te escapan de las manos a causa del miedo.

Maldito sabelotodo. Los miré a los tres, de uno por uno, buscando duda o algo que me permitiera oponerme. Ninguno me lo demostró. Era expectativa pura.

—¿Qué necesitan de mí?

César y mi abuelo se observaron. —Que estés de acuerdo, hermano. Después de todo, tú algún día vas a quedar a cargo de la villa y esto pesará sobre tus hombros.

Asentí comprendiendo mi situación, mi abuelo se aseguraba que no les daría una puñalada por la espalda. Y, aun así, si las cosas fueran mal, yo no sería capaz de restregárselos por la cara. Me dolía la desconfianza.

—También, ocupamos que tú y Thessalia vigilen a Nova cuando llegue.

—¿Van a meter a Thess en esto? ¿Y por qué debo yo estar allí?

—Dex, Thess es una de las pocas personas en las que confiamos fuera de esta habitación, y es más probable que la chica confíe en una mujer primero. Además, mi tía es demasiado grande para seguirle los pasos, Maximus no puede descuidar la comisaría y yo accedí a hacerme cargo de las vigilias mientras regresen los gemelos.

—Dexter —llamó el abuelo poniéndose de pie—, tu trabajo no sería más que dedicarle unos minutos de tu día a darle unas vueltas, ganarse la confianza de la mujer. No durará para siempre.

No durará para siempre. Para siempre es toda una vida.

Estaba perdido.

Esa mañana todavía sopesaba la posibilidad de decirle a mi abuelo mi revelación. La deseché en un punto muerto de mi mente.

—Entonces, ¿quién va a llamarla?

Capítulo 4

Thess ya había hablado con César sobre Nova para cuando nos encontramos una semana después. Al inicio tampoco estuvo de acuerdo, sin embargo, las pruebas le hicieron acceder a mantener un ojo en ella.

Thessalia era conocida por ser una persona amable y servicial, preocupada por la gente de la villa. Era dedicada y eso le había ganado convertirse en la gerente de ventas del supermercado local más grande de la villa.

Se terminó el café casi de un sorbo y se alejó de mi para tirar la basura en el cesto afuera de la cafetería.

—Oye, quita esa horrible expresión en tu rostro. Me está poniendo de nervios.

Regresó a mi lado con las manos metidas en su chamarra. El clima otoñal se encontraba en sus últimos días; el frío en el aire se volvía cada semana más denso.

—César dijo que no estás muy convencido.

—Sólo quiero ser cauto.

—Y lo entiendo, pero, ¿no ves que van a tener todo bajo control? La chica ni siquiera va tener acceso a un teléfono, prácticamente en cada esquina habrá un par de ojos sobre ella, no tendrá contacto con nadie que no esté autorizado, y aun sabiendo eso, accedió a venir aquí, a una casa vieja, mohosa, maloliente y fría como el demonio.

Deseé tanto decirle que la duda sobre su lealtad no era la única razón ante mi desagrado al plan. Mi amiga desplazaba sus ojos oscuros por toda mi cara, tenía la habilidad de descubrirme al medio de un problema, o de una mentira.

—No te he visto en semanas, vienes de mal humor y creo que habrá mucho menos tiempo para platicar en el futuro… entonces te lo voy a decir ahora.

—¿Decirme qué?

—Estoy saliendo con alguien.

La manera en que sus manos se escondieron tras su espalda no me dio buena espina.

—¿Alguien? ¿Me va a agradar saber quién es?

Una sonrisa sospechosa se hizo presente. —Lo conoces bien.

Repasé en mi mente las opciones que veía más cercanas a Thess, gente con la que se hubiese encontrado en fechas recientes. Y enseguida recordé a la persona que había estado preguntando por ella a la mitad de nuestros conocidos en los últimos días.

—Ay no puede ser, Thess, ¿es en serio?

—¡Es mejor de lo que piensas! ¡Y me ha tratado bien!

—¡Y también eres como la única mujer de nuestra edad con la que él nunca ha salido!

—Ay por favor, estás exagerando demasiado. Debes darte el tiempo de conocerlo mejor.

—Afortunadamente no soy yo el que está saliendo con él.

Le salió una risa que detuvo con los dientes.

—Después tendrás que darte el tiempo de conocerlo, porque me gusta. Y mucho —Se giró, aunque después de haber avanzado unos pasos, regresó al mismo lugar—. Y relájate un poco amigo, lo de ser tenso y desagradable se te está yendo de las manos.

Palmeó mis hombros, me sonrió y regresó a su auto estacionado al inicio de la acera.

Sebastián no era conocido por ser con exactitud alguien honrado. No obstante, Thess se veía feliz, más que de costumbre.

Regresé al restaurante justo a tiempo para la ronda de la comida. Siendo viernes, solíamos tener el lugar lleno al menos durante dos horas, y cuando yo no entraba al ruedo, apenas se las apañaban.

En la cocina trabajábamos tres personas, y como meseros había cuatro más. La limpieza la turnábamos entre todos. Cerrábamos a las cinco y media, justo a tiempo para dejar el local limpio y regresar a la hora de la cena.

Marjorie me vio llegar por la entrada de servicio, no dijo nada sobre el aspecto que me cargaba. Tenía ya la noción de cuando mi semblante se veía exasperado; ella me conocía desde pequeño, captaba rápido cuando no me hallaba en mi mejor momento. Estaba trabajando en eso, mucha gente esperaba demasiado de mí; a mí por otro lado, no me gustaba la

idea de ser líder ni de tratar con problemas mayores.

—Buen día —dije a todos, recibiendo respuesta de los que alcanzaron a escucharme.

Mis cosas se quedaron en el gabinete de la entrada, y me concentré de inmediato en hacer el restaurante funcionar un día más. Afortunadamente, la reputación del mismo había mejorado en los últimos años, justo cuando decidí renunciar al sueño de salir a estudiar a la ciudad y dedicarme a él, rehusándome a dejar morir el deseo de mis padres de verlo emerger y sacar adelante a la familia.

El día se pasó como agua entre mis dedos. Me quedé a limpiar las estufas a fondo, a veces aparecían en ellas manchas que los demás tal vez no veían y eso me frustraba. De vez en cuando supervisaba detalles y los discutía con ellos. Habíamos mejorado, en parte porque la paga les permitía soportar que su jefe fuese un loco perfeccionista y un dolor en el culo a veces.

—¿Dexter? —La voz de Marjorie provino desde afuera en donde tiraba la basura— Creo que es tu teléfono el que escucho.

Resoplé. Me sentí cansado en ese punto. Imaginé por una micra de segundo lo asombroso que sería poder dedicarme de lleno y únicamente al Esuriens, sin preocuparme por asuntos ajenos a mí.

Dejé lo que hacía para buscar mi teléfono en la mochila. Ni siquiera me detuve a ver el identificador.

—¿Diga?

Sobé mi frente, si tan sólo eso fuera suficiente para aliviar el creciente dolor de cabeza.

—Tenemos un problema.

Era César.

—¿Qué tan malo?

—Los hermanos Salassi fueron liberados hace unas horas. Están en su casa.

Enderecé mi espalda —Pero eso es bueno, ¿o no?

Tomó una respiración honda —Me acaba de llamar Nova. Está por completo histérica. Su padre le ha pedido que tome el lugar de su

hermano en su escuadrón, comenzarán a practicar sus estrategias.

Escuchar su nombre me colocó en un estado de alerta. Tuve que sostenerme del mismo gabinete pensando en los planes a los que tanto me opuse, pues estaban siendo destruidos de todas formas.

—No lo sé hermano, ella se oía… desesperada. Estaba llorando. Apenas si entendía lo que decía al principio.

La sensación de mis pulmones siendo obstruidos me provocó un escalofrío en toda la columna vertebral.

—Mi tío piensa adelantar las cosas, me pidió tomar tu opiniín porque necesita que le ayudes a vigilarla. Sero dice que puede tener todo listo mañana mismo, pero la casa aún no está terminada, van a pedirle a Marjorie hospedaje unos días.

Me obligué a hablar a pesar del nudo en la garganta.

—Háganlo.

Hubo un silencio en la línea —¿Estás de acuerdo? Bueno, estoy sorprendido.

—Tengo una condición.

Él rio soltando el aire que lo ahogaba —Eso suena más como tú.

—Antes de llevarla con Marjorie, necesito hablar con ella a solas.

Otra vez una espera antes de oírlo reclamarme—: Dex, no creo que sea bueno enfrentarla así, vas a asustarla…

—Solamente pido unos minutos. Debo hacerle ver que mi abuelo no está solo.

Escuché voces lejanas en la misma llamada, César les respondió y regresó a mí.

—Mira, necesito regresar a terminar unas cosas en el trabajo, convenceré al viejo y te llamo mañana.

Agradecí y nos despedimos sin tanto teatro.

Guardé el dispositivo en mi mochila, cerré el gabinete estando ausente incluso del sonido que hizo el metal.

—¿Dex? —Giré sobre mis talones —Te he estado hablando. ¿Estás bien?

Asentí en silencio; Marjorie se secó las manos en su delantal. Me adelanté a terminar con la limpieza.

—Dexter, puedo ayudarte si necesitas algo.

Me detuve en el lugar dándole la espalda.

No creo que puedas.

—Estás ausente, bastante distraído. Éstos últimos días no has cerrado la puerta principal correctamente, ¿lo has notado? —esperó por una defensa, no supe cómo contestar a eso— Es como si una sombra tuya hubiera tomando tu lugar desde hace días.

Seguí en silencio. No tenía palabras para responderle.

—De acuerdo, no te presionaré. Sólo creo que debes saber que justo así actuaba mi hermano mayor cuando sintió el nexum.

Era probable que la forma alterada de mi rostro le diese la respuesta esperada, pues al encontrarse nuestros ojos en el camino, ella sonrió de medio lado; satisfecha, se dio la media vuelta para terminar su quehacer.

¿Era tan obvio?

Capítulo 5

Entré a la habitación con una idea pre existente de lo que iba a decirle esa tarde. César estaba en lo cierto; ella se hallaba tan descompuesta y nerviosa como cualquier otra persona en problemas.

"O es muy buena actuando", dijo Thess, una vez que la vio llegar a la casa de mis abuelos, "o podría ser verdad y estamos salvándola más de lo que ella a nosotros".

Calculé la distancia perfecta entre ambos para darle su espacio. Ella se sentó en el pequeño sillón del estudio de Rommel, yo me acerqué lo más posible a la ventana, desde donde la luz le iluminaba la cara y me permitía verla bien.

—Les agradezco esto, en verdad, no saben cuánto…

Le bastó verme de frente para guardar silencio. No era miedo lo que deseaba infundir. Me maldije internamente. Mi cabeza se encontraba dividida en dos, y no me era sencillo inclinarme hacia ninguna de esas partes todavía, y la persistente sensación del vínculo hacia ella no ayudaba en nada.

Carraspeé aclarando mi garganta.

—Díselo a mi abuelo cuando salgas de aquí. Él ha abogado por ti.

Sus pupilas se dirigieron a mí como rayos.

—Sé que es difícil creerme —titubeó, no entendí de dónde sacaba fuerzas para hablar, lucía frágil—, no voy a ser un estorbo, lo verán.

—Eso no lo sé —rasqué mi barbilla, de pronto sentía miles de animalitos subiendo por mi cuerpo—. Como tampoco puedes saber si te hicimos venir aquí para ayudarte de forma desinteresada, o para aprovecharnos de tu estadía a costa de tu bienestar. ¿Confías lo suficiente en nosotros? ¿O tal vez has venido como doble espía?

Nova desvió la mirada. Las ondas de su cabello se movieron con ligereza sobre sus hombros.

¿Por qué tenía que verse así?

—No te creería si me dijeras que las historias de los aldeanos siendo monstruos son verdad. He visto monstruos en la vida real, y no se

parecen en nada a ustedes. Y no vengo como doble espía.

Cruzó ambos brazos en un amago por protegerse. Me consideraba tal vez, una amenaza. Yo me lo estaba buscando.

—Te voy a poner esto así —comencé a abrirme acercándome un par de pasos hacia ella, atraje su total atención—. Tú necesitas un escondite y nosotros un aliado. Solo eso. No somos amigos, tampoco vamos a ser tus enemigos. Pero estaremos al tanto de ti todo el tiempo hasta que te merezcas la confianza.

Noté cómo entrecerraba sus ojos con recelo, el mismo no tardó en desaparecer.

—Lo sé.

—Mi abuelo es viejo, mas no tonto, y mucho menos se mueve solo. Cualquier cosa que intentaras hacer en contra nuestra, debes esperar que estemos a un paso delante de ti.

Ella asintió con los labios cerrados.

Me pareció ver el destello de lágrimas en sus ojos, me obligué a parar.

—Mi familia es todo para mí, y lo son todo para esta aldea, por eso necesito pedirte que seas una persona discreta y que no juzgues sus costumbres ni hagas demasiadas preguntas, mientras más rápido te aclimates a ella, mejor.

Volvió a asentir, el dorso de sus manos limpió los rastros de lágrimas que caían en las mejillas rosadas por el calor de la habitación.

—De acuerdo. ¿Puedo irme?

Me miró. No como antes, había algo vacío en sus ojos.

Percibí un impulso estúpido pidiéndome consolarla, al menos disculparme por su situación; me contuve al final, quería ser lo más justo y cortante posible en ese escenario. Marcar una línea.

¿Podía acaso un nexum desaparecer?

—Puedes irte.

A pasos grandes avancé a la puerta y la abrí para permitirle el paso; del otro lado, Marjorie esperaba por ella con una expresión amable, la razón principal por la cual mi abuelo se la había asignado. Nos intercambiamos una mirada antes de que se retiraran de la casa, sólo mi abuela las siguió

hacia el porche para despedir a Marjorie.

En la mesa de la cocina pude ver un bulto que no pertenecía allí. Era una caja de plástico con la etiqueta "recuerdos" en cursiva. Levanté apenas unos centímetros la tapa de la misma; allí dentro había fotografías de Nova y su familia, cartas y otras cosas pequeñas de su infancia.

—Se me olvidó.

La tapa cayó de mi mano. El susto se me pasó tan rápido como desapareció ella con la caja entre sus brazos, el ceño fruncido y cabizbaja.

—Lo siento.

Mas ya no me escuchó.

□□□□□□□□ □□□□□□□

La reunión para organizar una celebración de Halloween fue solicitada por las maestras de las escuelas del pueblo, menos una semana después de la llegada de Nova. Su argumento principal era distraer a la gente de todo el ruido negativo ocasionado en esa temporada.

César tomó mi lugar, como en otras reuniones lo había hecho, y accedió pensando que la idea no era tan descabellada. Se cancelarían las caminatas nocturnas por dulces, y se cambiarían por un festejo en el centro durante la tarde. De esa forma, la gente estaría reunida en un solo lugar, y los grupos de vigilias podían rodear un solo espacio, en lugar de esparcirse por todos lados en esa fecha.

Mi primo llegó al restaurante para notificarme lo comentado. Mi abuelo estuvo de acuerdo. Yo tenía mis dudas, pero ya estaba decidido y la voz se corrió tanto en esos días, que la gente ya comenzaba a planear sus

actividades.

César giró la cabeza, miró sobre su hombro a la persona sentada en una de las mesas en la esquina más alejada del restaurante. Había llegado desde temprano con Marjorie, debido a que Thess no podía vigilarla todos los días en su trabajo sin hacer a los lugareños sentirse incómodos por su presencia.

A mitad de semana era difícil que el restaurante se llenara al máximo y ese día fue uno de esos, lo que nos facilitó echarle un ojo de vez en cuando.

Miraba a través de la ventana, una mano sostenía un lapicero, en la otra apoyaba su cabeza. Me pregunté si se arrepentía de la decisión que había tomado.

—¿Crees que escriba sobre nosotros?

César aún la observaba cargado de curiosidad. Me abstuve a limpiar la barra y acomodar las cosas que guardábamos en el interior de ella.

—Debe ser solitario estar en su lugar.

¿Comenzaba a empatizar con ella?

Regresó su cara al frente, y por la forma en que levantó sus manos al aire, supuse que reparó en mis pensamientos.

—Sólo digo, que debe ser difícil ser ella ahora. Piénsalo. Su hermano murió, no importa si era o no una mala persona, era demasiado joven. Su papá es considerado un monstruo por todo un pueblo. Te mudas y no puedes hablar con nadie. Pienso en esto cada día desde que llegó, ¿sabes? Si estamos haciendo lo correcto aislándola así.

—¿Qué? ¿Ya te convenció?

Me dedicó una mirada socarrona.

—¿Has hablado con Thess? Ella tiene una buena impresión de Nova.

—Oh, vamos, al inicio ni siquiera te agradaba la idea de dejarla venir.

Levantó su malteada, tomó el último sorbo del vaso de vidrio. Alzó los hombros con desgano.

—La gente puede arrepentirse y cambiar. Es parte de crecer y toda esa

mierda.

—¿Ya terminaron de aterrorizar a mi invitada? —Marjorie se acercó cargando una caja de vasos de vidrio nuevos del almacén, los situó sobre la barra para acomodarlos en los estantes.

—¿Invitada? —inquirimos ambos.

Ella sonrió con la mitad de su boca —Claro, mi invitada. Denle un descanso, ¿quieren?

César sacó un par de billetes de su cartera, los puso sobre la barra. A esa hora, había unas dos familias en el restaurante; adelantábamos el trabajo de otros días para ganarle al tiempo.

—Nos vemos por allí, hermano.

Lo miré partir hasta que no me fue posible encontrarlo entre los autos del estacionamiento; en el camino a la salida, lanzó una larga ojeada a Nova. Ella ni siquiera se inmutó, continuaba absorta en sus pensamientos.

Marjorie se acercó a mí, hizo el amago de decirme algo al oído de manera sutil.

—Ha estado comiendo muy poco. Me empieza a preocupar que tenga una de esas crisis depresivas.

Su semblante intranquilo fue genuino. Mordí el interior de mi mejilla para mantener mis pensamientos lejos de mi lengua; si había notado que Nova no había pedido nada de comer desde su llegada al restaurante.

Nos dedicamos por unos minutos más a desempacar objetos nuevos en los estantes de la barra. Forcé a mi cuerpo a ignorar la sensación de picazón en la parte trasera de mi cabeza; cada cierto tiempo, la imperiosa necesidad de encontrarla con mis ojos sentada en su mesa se volvía a presentar. Era casi ineludible y me pillé haciéndolo en contra de mi buen juicio varias ocasiones.

Luego, la vi escribiendo por un largo rato en la libreta que Marjorie le había regalado.

Me di un momento, respiré, siendo consciente de estar bajo la mirada de cierta mujer a mi lado. Después, me dirigí a la cocina a preparar lo que la mayoría de nuestros clientes solían catalogar como su “favorito”: un sándwich de queso a la parrilla, repleto de calorías y mantequilla, pan horneado de la panadería estrella del pueblo, una mezcla de dos quesos

distintos, y una apenas apreciable cantidad de mostaza de Dijon.

Le pedí a Andrea, una de las cocineras y encargada no oficial de las malteadas, que preparara la "especial", y además de la mirada sospechosa, sólo se dignó a examinar mi rostro y accedió a ello.

Emplaté el sándwich lo más limpio y apetecible posible, y me fui con ambas manos ocupadas a dejar la comida justo al frente de la chica que bien podría estar haciendo una huelga de hambre en silencio.

Por su reacción noté que la asusté; tal vez no esperaba a nadie dirigiéndole la palabra después de mis advertencias.

Me sentí como un total idiota viendo lo que estaba impulsando con mi propio comportamiento, incitando a los habitantes a hacer lo mismo. Había unas cuantas personas más en el restaurante, sus miradas hacia nosotros no me irritaron en absoluto.

—Debes tener hambre.

¿No puedes ser más torpe? "Debes tener hambre", menudo mentecato. "Hola", era más apropiado.

Sus ojos subieron hacia los míos. Cerré mis manos en puños en un impulso por evitar subir mis manos y tocarla.

Esto comenzaba a hacerme la vida un puñado de nervios.

—Eh, gracias. Le dije a Marjorie hace un rato que no tenía hambre.

No me dejé engañar. Además del color violáceo en sus párpados inferiores, había en ella un aspecto enfermizo; una nube gris flotaba a su alrededor, y se la llevaría volando con el viento de lo frágil que lucía.

—Bueno, Marjorie es una persona poco conflictiva, era de esperarse que te creyera. Ese no es mi caso, y la verdad es que temo que te desmayes aquí en cualquier momento.

Su vista bajó al plato, hasta para mí se veía excelente. El vaso de la malteada exudaba gotas frías a través del vidrio, digna de un comercial de las fresas más frescas de la temporada.

—Al menos come la mitad y llévate el resto —agregué tratando de no verme tan insistente—, ayúdame, ¿quieres? Sólo necesito un poco de paz mental aquí.

Se le salió una sonrisa irónica. —No es necesario que hagas esto sólo

porque otros te lo piden, estoy bien, de verdad.

—Oh, nadie me lo ha pedido.

Observé cómo su ceño bajaba por unos segundos, y luego lo relajó suspirando. Una derrota que me supo a deleite.

—Puedo probarlo supongo. Gracias.

Dando un último recorrido al rostro pálido de Nova, asegurándome de una forma silenciosa que no me repudiaba aún, di la vuelta y regresé a mi puesto en la cocina para terminar con la última hora de trabajo. Marjorie sonreía como una mujer suele hacerlo cuando está a nada de incitar un plan desde un rincón macabro en su mente.

—Ni siquiera te atrevas a hablar.

Cabe decir que no lo hizo; los últimos minutos allí dentro se me volvieron eternos. Aguardé ansioso el poder salir con una excusa, como limpiar, sin ser el centro de atención de mis compañeros. Suficiente tenía con las caras cómplices o confundidas de algunos de ellos.

Andrea Y Jimmy, sin embargo, no hicieron comentarios tampoco, ni preguntaron sobre la chica que había llegado de la ciudad. No pareció molestarles como a otros miembros de la comunidad. Tenía mucho que ver las raíces de ambos, mezclados con gente foránea, que fueran un poco más comprensibles ante el arribo de otros al lugar.

Antes de terminar la jornada, Ferdinand, uno de mis meseros y gran cotilla de la zona, se asoma por la puerta a la cocina y me sonríe.

—Quieres ver esto.

No negaré el sentimiento de alarma batiendo mi estómago; a pesar de conocer bien a Ferdinand y su pasión por estar enterado de cualquier rumor, me fue inesperada su intermisión. Me detuve en el marco de la puerta de la cocina.

—Allí, ¿los ves? —Señaló a una mesa cerca de la entrada.

Un cierto alivio recorrió mi organismo. En la mesa, tomaban asiento Thess y un hombre rubio que reconocí al instante.

—Te lo dije. Han estado saliendo, pero no me creías.

—¿Ferdinand?

Volteó su rostro emocionado hacia mí, no despegué la vista de la pareja.

—¿Sí?

—Termina de limpiar las otras mesas, ¿quieres?

Seguro me hizo algún gesto inconforme, al menos no rechistó ni replicó a mi orden.

Dediqué un último vistazo al par de la entrada y los hubiera dejado ser, si tan sólo uno de ellos no hubiese reparado en mi presencia.

—¡Dex!

Desde donde me hallaba parado, oí la silla rechinar contra el piso y otras palabras que balbuceaba con su voz aguda.

Me giré donde mismo, Thess se dio ella sola el permiso de pasar la barra. Mis ojos viajaron en ese momento a cierto individuo en la orilla del restaurante; sus ojos apuntaban a la emocionada chica de cabello corto.

Thess tomó mis brazos y volví a la tierra.

—¿Puedes venir un momento? Quisiera que ustedes dos se conocieran mejor.

—Thess…

—Si dices algo negativo te juro —interrumpió cargada de paciencia—, uno de estos días voy a tirar mi brazalete de la amistad a la basura.

—Me ofenderías mucho, tú me obligaste a comprarla y esa cosa vale más que el carro de tu novio. Creo que vale más que tu novio.

—¡Shhh! —Movió sus dedos con dramatismo a mi rostro— Sólo quiero presentártelo como mi novio. Además, trabaja en la clínica veterinaria del centro, Ray podría necesitar su ayuda alguna vez.

—Ni lo menciones.

Entornó los ojos —Dex…

Exhalé fuerte mirando a todos lados menos a Sebastián. —En otra ocasión, ¿de acuerdo?

—Dex…

—Y ya vamos a cerrar en un rato, deberían pedir para llevar.

—Eso iba a hacer genio. Gracias por la amabilidad, pero voy a poner una queja por el pésimo servicio, señor.

—Vuelve cuando quieras.

Se dio la media vuelta retirándose. Cuando bajó la tapa de la barra a su lugar, se acercó sobre ella y en voz baja, añadió:

—Conocí a ya sabes quién. La he ido a visitar un par de veces.

Apoyé mis brazos sobre la cadera esperando lo que tenía para decir. —¿Y bien?

—Es… algo tímida, si no supiera de dónde viene, diría con seguridad que es algo tímida. ¿Sabías que es un unos cuantos años mayor a nosotros?

—Lo supuse.

—No lo parece, se ve muy joven.

La miramos sin movernos de nuestro sitio.

—Sí, creo.

—Es linda.

—Sí…

Una risita escapó de su garganta. Caí en cuenta hasta que se había retirado por completo.

Mi rostro se calentó de sobremanera.

Marjorie y Ana May regresaron de la mesa tras haber atendido al solitario Sebastián, las dos riéndose de mi exasperación. Supe que, si los chismes saldrían de algún lugar en concreto, sería del restaurante.

La miré sin lograr mostrarme inafectado.

—No me hables.

—¡Te dije que no iba a hacerlo!

Y, ¿el delicioso sándwich de la mesa del rincón?

Desapareció por completo.

Capítulo 6

César condujo la camioneta con mi abuelo de copiloto, Sero y yo tomamos los asientos traseros. Discutían algo sobre la falta de insumos del hospital general; mi abuelo había intentado reducir la cooperación monetaria que se cobraba cada año a las familias e hizo modificaciones que en su momento consideró pertinentes, sin embargo, debía tomar la decisión de hacer algo al respecto con ello para solventar los gastos, y prever alguna situación extrema en el futuro.

La villa se sostenía bien; el gobierno de alguna forma mantenía su apoyo siempre y cuando nuestro perfil fuese bajo. Descubrir ante el mundo lo que llevábamos en la sangre, ocasionaría un millar de problemas innecesarios.

Íbamos en camino a la casa de Marjorie, el siguiente paso en el desarticulado plan del abuelo con miras a ganarse la confianza de Nova. Aprovechamos el fin de semana y avisamos a Marjorie que le daríamos una visita matutina, justo después del desayuno.

Sero llevaba en sus manos unas cuantas carpetas con documentos. Ninguno de los dos participó en la conversación. Al llegar a la casa, Alec salió corriendo a recibirnos con uno de sus videojuegos en una mano, y un pan dulce en la otra.

—¡Llegaron, mamá!

Bajamos del coche y procedimos a saludarlo con un puño. Mi turno llegó al final, Alec se abalanzó sobre mi cintura para abrazarme como solía hacerlo desde que lo conocí, cuando apenas dejaba de ser un bebé. Sacudí su cabello quitando con ello el peinado que su mamá solía darle, uno de sombrilla.

—¡Oye! —Se liberó de mi agarre entre risas.

—¡Qué bueno que llegaron! Estaba calentando café —Marjorie salió al porche, sujetaba sus manos al suéter.

—Gracias Maggie —dijo mi abuelo, se adelantaron a la casa.

Me tomé unos segundos antes de hacerlo yo.

Podía sentirla. Juraba que podía sentirla.

No sabía todo lo que debía saber sobre esa conexión por causa de mi propia negligencia. No imaginé que me podría suceder un día, solía ser

cada vez más extraño, dado a que el gen comenzaba a perderse.

Recordé en ese instante las cartas de mis padres. En ellas había cosas que podía aprender. Mi abuela me lo había advertido hace años, debí hacerle hecho caso, pero apenas era un adolescente cuando me las compartió.

Seguí a todos a la casa. Allí dentro no ocuparía la chamarra de mezclilla con lana que llevaba conmigo, decidí dejarla en el perchero del recibidor junto con las de los demás.

—¡Pasen a la sala! Levaré galletas y café.

Continuamos al lugar en donde unos sillones nuevos nos acogieron. Eran bastante cómodos. Marjorie apareció con una bandeja repleta de cosas; detrás de ella, Nova, con su cabello atado en una coleta desordenada a su nuca y aún en pijamas, le ayudaba con la cafetera en mano.

Podía apreciar palpitaciones retumbando a través de mis oídos. Me obligué a despegar la vista de ella, tomé una de las tazas de la bandeja y Marjorie las llenó.

Había coincidido otro día más con Nova en el restaurante, no obstante, fue su hospedadora quien la atendió en esa ocasión. El resto de la semana la había pasado con Thess, quien no se comunicó conmigo al respecto.

—Podría preguntar a qué han venido hoy, aunque ya me imagino —Marjorie acomodó todo en la mesita, luego tomó asiento en una esquina de los asientos, junto a Sero.

Nova se sentó justo frente a mí, en uno de los sillones individuales que hacía juego con el ocupado por César.

—Bueno, le traemos algo a Nova.

La aludida levantó la vista a mi abuelo, entre sorprendida y conmocionada.

—¿A mí?

Mi abueno asintió con una sonrisa.

—Sabes que para permitirte venir a este lugar nos dimos al trabajo de buscar información sobre tus antecesores en la villa Kurari. Y resulta, entre otros detalles, que dimos con tus abuelos.

Sus ojos se abrieron al límite.

—¿Saben quiénes eran?

—Lo sabemos. Y te lo venimos a mostrar.

Hizo un ademán a Sero para entregarle las carpetas que descansaban sobre su regazo. Ella extendió ambas manos temblorosas y las tomó, regresando a su posición.

—La primera carpeta son actas de nacimiento, papeles escolares y otros documentos que pensamos podrían ser de importancia para ti —Ella los vio sin poder creerlo, en sus labios entreabiertos se formaban figuras en silencio. Los leía sin voz alguna—. En la última carpeta hay fotos de tus abuelos y tu mamá. No son muchas, no tuve tanto tiempo para investigar más a fondo.

Nova volteaba las hojas con la cara compungida. Le dimos su tiempo.

—N-no entiendo… ¿porque me confían esto? ¿No tienen miedo de que pueda usarlo en su contra?

Sero se recargó en el respaldo del sillón. Al menos él no tenía ese miedo. Más bien, le era indiferente.

—¿Cómo exactamente? —cuestionó Rommel usando su voz impasible— En todo caso, es más contraproducente para tu familia. Si alguien se entera de esto, se abalanzarán en contra de tu padre, podrían creerlo un traidor, y tal vez incluso en contra tuya. Digamos que por cómo se ven las cosas, confiamos en lo que pueda pasar.

Sus lágrimas rodaron sobre las mejillas sonrosadas. Salieron unas fotos desde las carpetas al suelo, ella las recogió antes de poder ayudarle. Para ese momento, ella ya se encontraba al borde de las lágrimas, sollozaba con un puchero en su rostro.

Mi abuelo y yo nos miramos. La traducción directa de eso era un, "te lo dije". Hasta ese punto, su estrategia parecía funcionar.

César estaba sonriendo, para él significaba casi ganar la lotería.

—Gracias —murmuró sin soltar los papeles, observó a Sero y a mi abuelo—, gracias, de verdad, no esperaba esto. ¿Me las puedo quedar?

Sero asintió.

Lloró más fuerte después de eso. Se puso de pie, y se acercó a él; sin que nadie lo esperara, le dio un abrazo de al menos medio minuto. Toda una eternidad. Pasó a los brazos de César, y los demás comenzaron a ponerse

de pie.

Lo hice yo también, me sentí fuera de lugar allí sentado viéndolos intercambiar muestras de afecto.

—¡Pero vamos! Tomen un panecillo, son de esta mañana.

Marjorie intentó realzar el ambiente, teniendo éxito con los invitados acercándose a la bandeja.

Nova abrazó a mi abuelo con los ojos cerrados.

—Faber est suae quisque fortunae* —habló mi abuelo en su oído, sólo lo suficientemente fuerte para que lo escuchara sobre las voces de los demás.

Al soltarse, ella lo miró.

—Eso es latín —Una risa corta salió de su garganta agitada—, pero no sé qué significa.

Mi abuelo palmeó sus hombros. La iba a dejar con la duda. El muy presumido hacía eso con toda persona que acababa de conocer, era un sello en él dejar a la gente impresionada con sus conocimientos de latín.

Me paralicé al verla voltear hacia mí, trazó de nuevo una leve sonrisa en su boca, acortó la distancia entre nosotros.

Iba a matarme y no se daba cuenta.

Nadie se daba cuenta.

El aire quedó atascado en mis pulmones, fue ver moverse al mundo de forma lenta y, sin embargo, consciente de un instante que se desvanecería en unos segundos.

Finalmente, no hubo más espacio para cerrar entre los dos; ella pasó sus brazos sobre mi cuello, su perfume llenó mi nariz de un olor agradable. Sentir mi pecho contra el suyo hizo a mis paredes caer cual hojas en otoño.

Tan fácil como eso.

No me había percatado del movimiento de mis manos hasta que, cuando habló, percibí la tela de su suéter aprisionada entre mis dedos.

—Gracias.

Mi piel ardió al contacto de su mejilla con la mía. Ardí todavía más después de que un suspiro inaudible surgiera de mi garganta. Ella no se inmutó si me escuchó hacerlo.

—Cada hombre es el artesano de su futuro.

Su cabeza se movió unos centímetros, su aliento chocó en mi barbilla.
—¿Qué?

—Lo que dijo mi abuelo.

Aprecié cada uno de los segundos restantes en los que sus dedos tocaron mi nuca, una sensación de hormigueo residiría allí un buen rato, como tatuaje. Me resigné a dejarla ir y poner un paso de distancia de sus zapatos, tomó toda mi voluntad llegar a eso.

Nova me miró extrañada, no logré descifrar lo que para ella había sido. Tal vez, nada.

Asintió, la sonrisa volvió a brotar. —Nunca podré pronunciarlo, de todas formas. Mi madre solía ser la talentosa con el latín.

Retiró sus lágrimas con las mangas del suéter.

Entre mis ideas en ese momento, se hallaba la de mis dedos haciendo un mejor trabajo limpiando su rostro que la tela de su ropa.

—Por cierto —indicó mi abuelo llamando la atención de los presentes en la sala— Cady me pidió decirles que están todos invitados a cenar hoy en nuestra casa.

Pasmo inundó mi cabeza. No habían dicho nada al respecto antes; bastaba pensar en el nombre que mencionó para saber que mi abuela estaba haciendo eso con intenciones ocultas; un mensaje indirecto hacia mí, y tarde o temprano se lo haría saber a mi abuelo.

Nos retiramos tan pronto terminamos el bocadillo. No volví a cruzar palabra con nadie hasta que llegué a casa.

Allí, mi abuela me obligó a llevarla conmigo al centro de la villa para conseguir las provisiones de la cena pues yo tenía que ir a surtir algunas cosas del restaurante. No mencionó la razón de la reunión, balbuceaba cosas sobre platillos y el postre de Marjorie.

—Pasas, le dije que no se las pusiera. Sabe cuánto las odias, es sólo que

le gusta verte hacer caras cuando estás disgustado.

Los trabajadores del supermercado nos ayudaron a subir las cajas y bolsas que acarreamos hacia el estacionamiento. Thess no trabajaba ese día, lo cual me salvó de verme obligado a invitarla para atormentarme con su novio el indeseable.

A la hora de la cena, la pareja de abuelos bien vestidos me pidió que regresara a cambiarme la camisa que había llevado conmigo todo el día. Debí haberles mencionado mi idea sobre cenar y regresar a mi habitación, lejos de la civilización y la diversión, sin embargo, se veían felices, hasta cierto grado, emocionados por tener gente en su casa.

Tomé una ducha rápida; la cena sería informal, entonces escogí una playera y suéter negros y unos jeans. Estaba presentable. Eso sería suficiente, ¿cierto?

—No pantalones de mezclilla de nuevo, Dexter —reprochó mi abuela desde la cocina, viéndome bajar las escaleras—, tienes ropa mejor que tus pantalones de siempre.

Le di un vistazo a mi abuelo; llevaba jeans.

—Los dos están cortados con la misma madera. Tu padre solía ser tan elegante, tenía buen gusto como yo.

—Y por eso me casé contigo —Mi abuelo la besó en la mejilla.

Desde allí dentro fui capaz de oír ruidos sobre la carretera. Las puntas de mis dedos se sintieron adormecidas. Reconocí el malestar en mi cuerpo y la razón detrás de ello; se volvía costumbre, y no me agradaba.

—Están llegando —dije, antes de que, a través de la ventana, se observaran los faros de dos autos arribando.

—Vamos, ayúdame a sacar todo esto a las mesas.

Mi abuelo abrió la puerta, los recibimos cada quien desde nuestro lugar; afuera llegaron otros dos autos. Miré a mi abuela extrañado.

Ella encogió los hombros —Puede ser que haya invitado a algunos amigos más.

Yo no solía ser conocido por ser sociable. La gente en la villa no me conocía por ser simpático, y es que no trataba de serlo. A las personas cercanas a mí les habría costado tiempo conocerme a fond, y, aun así, me reservaba el derecho de mantener ciertos aspectos de mi vida, mis opiniones más críticas, y hasta mis cambios de humor, lejos de la mirada

pública.

Como, por ejemplo, que no deseaba liderar ese lugar.

Iba en serio cuando decía que lidiar con los demás me era pesado.

No todo el tiempo fui así. Recordaba haber tenido muchos amigos en la época escolar, antes de morir mis padres. Mi abuelo intentó hacerme reaccionar, me llevaba a una de esas caminatas largas por el bosque, a pescar, mientras platicaba sobre sus sentimientos tratando de que le abriese camino a los míos.

No quería perderme.

Pero a veces me costaba descifrar si era porque éramos familia, o porque anhelaba mi acogida al máximo puesto, algo que pasaba de generación en generación.

—Tía Cady, huele a que hizo mi favorito.

César husmeó en la cocina, me saludó con un movimiento de su cabeza.

A veces pensaba en César como una mejor opción para la villa. No creía ser el único que lo veía de esa forma. Traté de preguntarle en distintas ocasiones, y en cada una nunca tuve las agallas de sacar la cuestión de mi cabeza.

Mi abuela guio a los invitados al patio trasero, en donde había acomodado mesas y sillas con anterioridad; las luces habían tomado más tiempo en colocar, me sentí orgulloso de que al menos esos vejestorios funcionaran bien. Mis abuelos vivían en la austeridad y no se hallaba en su lista de deseos a cumplir, gastar su dinero en cosas que ellos consideraran innecesarias.

Fuimos siendo asignados por mi abuela en las tres mesas largas.

Ray meneaba la cola y se tumbaba en los pies de quien le pusiera un mínimo de atención. Fue el alma de la fiesta esa noche.

Esperaba mi turno detrás del tumulto, cuando sentí a Marjorie situarse a un lado mío.

—Le tuve que insistir a Nova sobre esto. No estaba tan convencida.

Encontrarla fue fácil; mi abuela ya la había sentado en la mesa más alejada de donde se ubicaba mi abuelo, a un lado de Alec. Rasqué mi pecho, tal vez así calmaba el torbellino dentro. No obstante, la sensación de ardor en la nuca nadie me la quitó. Eran sus dedos rozando contra mi

piel esa mañana.

—¿Crees que le agrademos de verdad?

—Es difícil saberlo —dije cruzando los brazos—. No la conocemos bien.

—Bueno, tampoco te das el tiempo de hacerlo.

Marjorie me lanzó una mirada sagaz. No permití que viese más allá de mi estoicismo. Casi se me olvidaban sus sospechas sobre mí.

—Se nota que es una persona alegre, a veces tiene estos momentos donde parece emocionarse hablando de algo, y enseguida baja las revoluciones. Siento pena por ella.

—¡Vengan aquí ustedes dos! —gritó mi abuela, ya los demás tomaban su asiento.

Antes de llegar a su lado, ella sujetó mi brazo y me haló hasta el lugar que había considerado para mí. El corazón me dio un brinco.

—Abuela…

—Shhh. Va a ser una bonita velada, ya verás.

Bajo la supervisión de Marjorie en la mesa de enfrente, tomé asiento a un costado de Nova en la esquina de la nuestra. Respiré hondo, limpié el sudor de mis manos en los pantalones.

Frente a mí, dos vecinas de mi abuela charlaban sobre las actividades del festival de día de brujas. En esa mesa no sentó a ninguno de mis amigos o conocidos, ni siquiera a mis familiares lejanos.

Mi abuelo se puso de pie por unos minutos; se encargó de un discurso breve de bienvenida y agradecimiento. Ese tipo de cenas solían ser comunes en la villa; los vecinos y las familias eran cercanos y en general, personas espléndidas. Me abrumaba un poco.

Después de unos aplausos y un brindis, procedieron a servir cada quien su plato con la comida que ayudé a mi abuela a terminar. Olía bien. Yo solo deseaba ir al baño a vomitar mi estómago. Se removía frenético, apenas si me dejaba erguirme.

Me concentré en distintas cosas. Los adornos de flores que mi abuelo cortó del jardín. Eran rosas muy especiales, un tono púrpura poco usual. El horneado perfecto de la pierna bañado en salsa. Hasta reparé en el número de focos en el cable sobre nosotros, y a Ray esperando que

alguien le lanzara un pedazo de carne.

—¿Quieres que te ayude a servirte? —llamó con voz muy baja— Los vegetales están de este lado.

Mi plato se hallaba vacío, por ello se ofrecía.

Cargado de la poca estabilidad mental residiendo en mi cabeza, tomé la decisión de mirarla a los ojos. Mi labio inferior tembló. La tensión en mi quijada no me ayudaba.

—Gracias —Logré articular.

Ella alzó mi plato, sirvió en él una buena porción de ejotes y puré de papa y añadió uno de los cortes de la pierna. No se imaginaba del rastro de fragancia que emitía su cuerpo al moverse, un perfume que seguro sería de Marjorie y le quedaba bien. Regresó a su lugar, posicionando con cuidado el platillo frente a mí.

—Huele muy bien. Marjorie dice que estudiaste para ser chef.

—Así es —Vi los cubiertos a cada lado del plato, mas no conseguí levantar mis brazos para tomarlos.

—Y esas flores, yo creía que sólo las conseguías de ese color utilizando colorante.

Sí, eran hermosas.

—¿No vas a comer? —El movimiento de su cuerpo me hizo volver a mirarla.

—Eh, estaba un poco indispuesto hace un rato, ya se me pasa.

No muy convencida, procedió a comer de su plato. Busqué a una cara conocida entre la gente, la mayoría absortos en alguna conversación o en su comida.

—Está delicioso, en verdad.

El tono de su voz cambió de forma sutil. Me atrajo el tamaño colosal del bocado que llevó a su boca. Ella lo notó.

—Lo siento —Masticó rápido limpiando su boca con una servilleta—, no siempre puedo comer comida casera. Le agradezco a Marjorie la estadía, es sólo que ella no cocina tampoco y me harta la comida rápida.

—¿No cocinaban en tu casa?

Movió la cabeza de lado a lado, esa vez escogió un pedazo más pequeño de carne.

—Nadie lo hacía, sólo mi mamá. Lo he intentado, simplemente no se me da.

La incomodidad a mi alrededor se vio reducida conforme la escuchaba soltarse.

—En el restaurante no sólo hacemos hamburguesas y hotdogs, también tenemos comida corrida. Nunca te he visto pedirla.

Limpió su boca, luego se recargó en la silla.

—Me siento como una intrusa. Temo que piensen que me estoy aprovechando. Todo en el menú se ve muy rico y a veces desearía pedir la mitad.

A fin de cuentas, yo también la había orillado a sentirse así.

Se mantuvo cabizbaja, veía sus uñas como yo admiré los focos un rato atrás.

Comenzaba a otorgarle el beneficio de la duda.

—Lamento si lo que dije el primer día fue duro o fuera de lugar.

Ella terminó de masticar, dio un sorbo al vaso de agua frente a la vajilla.

—No lo sientas, te entiendo. ¿Cómo van a ser amigos de alguien como yo?

Negué usando mi cabeza. —No debí haberlo hecho, has probado lo que dijiste, y sin embargo te juzgué antes de tiempo, probablemente lo sigo haciendo.

—En realidad sí entiendo tu posición, y acepto las disculpas.

Sus ojos eran menos oscuros que los míos, tenía lunares cerca de su nariz sólo perceptibles si se miraban desde cerca. ¿Notaría mi interés en las marcas de su piel?

Elegí dedicarme a cortar la carne en trozos más pequeños.

—Tu abuelo dice que la casa estará lista esta semana.

—¿Sí? Eso es bueno.

—Marjorie dijo que te pediría ayuda para llevar algunas cosas que me prestará, pero seguro estarás muy ocupado con lo del restaurante. César mencionó tener días libres estos días, ¿crees que él pueda ayudarme?

Mi garganta se volvió a apretujar ante su pregunta. ¿Por qué le pediría a César tal cosa? ¿Acaso las visitaba con recurrencia? Lo busqué a un costado de mi abuelo en la primera mesa. Claro que lo había hecho, maldiciendo por supuesto pues según él, yo debería estar haciendo lo mismo.

—Yo puedo hacerlo.

Más importante aún, ¿qué rayos me sucedía?

—¿En serio?

Me forcé a meter la comida en mi boca, la miré.

—Sólo avísenme y ahí estaré.

Nova sonrió de medio lado y asintió, no importándole si mi tono había sido duro.

—¡Ray, no! ¡Dexter, ven por tu perro!

Ray de pronto decidió que, en lugar de esperar por sobras de comida, se robaría una de las perdices que uno de mis tíos había cocinado. Los invitados reían mientras él se escabullía entre las mesas y César lo perseguía.

—Aquí vamos de nuevo.

Capítulo 7

Ron me pidió ir a su taller a primera hora el miércoles para entregarme mi auto. Tenía rato esperando a que una pieza llegara para terminar de arreglarlo. No era una lata vieja, solo menos común. Una vez explicados los detalles arreglados, y de negarse a que le pagara algo más que el precio de la pieza, me aproximé a la parte trasera del taller en donde sus dos hijos le echaban la mano con un camión.

Ninguno se hallaba preocupado por la situación acontecida; al contrario, reían al recordar la cara de los abogados de la familia Silva al ver cómo los liberaban y llamaban improcedentes sus acusaciones.

—Una vez que escucharon sobre las cámaras de seguridad tuvieron que callarse la boca.

—Además, esos muchachos eran aficionados a conseguir multas en todas partes —Tiberius me ofreció una cerveza de una hielera a sus pies, la negué con un ademan—, nosotros estamos limpios. Y comenzaban a llamar a atención de la prensa, la jueza se vio acorralada.

—¿Por el gobierno? —cuestioné lo innegable.

—Supongo —respondió con una mueca—, tu abuelo no comentó nada, tampoco César, aunque por la manera en que nos sacaron de allí, es más que obvio.

—¿Qué ganan ellos escondiéndonos? —Miles dio un sorbo a su botella, me miró con templada curiosidad— ¿No sería mejor terminar con esto y aceptar lo que somos?

Tiberius bufó —¿Y desatar la locura y la ira de gente que no ve más allá de su propia nariz?

—Tu hermano tiene razón. No podemos exponernos a cierta parte de la población que no estaría muy contenta de saber que existen personas como nosotros.

—Y hay figuras importantes que salieron de aquí —agregó Tiberius—, famosos, políticos, pagan cualquier cantidad en sus manos para ocultar información sobre este lugar.

Miles levantó ambos hombros, terminó de golpe su cerveza y dejó el envase en la hielera, regresando sus pies a su puesto de trabajo.

—¡Este lugar aburrido necesita algo de acción! ¡Y chicas nuevas!

Nos reímos de otra de las sandeces de Miles.

—Tu papá no me quiso cobrar.

—Lo de siempre, no me sorprende.

Me acerqué con un fajo de billetes en mano ya listo para ser entregado; el extendió la mano como era usual.

—Gracias —Le dije estrechando su mano.

Tomé el camino más largo a mi auto, evitando así a la gente dentro del taller.

—¿Qué harás hoy? —preguntó cuando aún me tenía a la vista.

Me detuve unos segundos para verlo. Solía hacer planes para ir al billar en las noches de fines de semana con conocidos de la villa, a veces los acompañaba.

—Voy a ayudar a Nova a cambiarse a su casa.

—Ah —Dejó salir una risa indescifrable—, Nova, se me olvidaba que la hermana del chico estaba aquí. ¿Cómo es?

Mi cara lo dijo todo y nada al mismo tiempo. —A Marjorie le agrada.

—A Marjorie le agradan todos, ella ama a la gente.

—A Thess también le gusta.

Sus labios hicieron un silencio, mantuvo en ellos una sonrisa.

—Tendrás que averiguarlo, jefe —respondió, despidiéndose una vez más.

□□□□□□□□ □□□□□□□

En la casa de Marjorie, las cosas de Nova —escasas—, ocupaban un diminuto espacio del suelo del recibidor a comparación de las que Marjorie le prestaría para asentarse en el renovado hogar.

Las subimos entre los cuatro, Alec no dudó en unirse cuando me vio llegar. Según Marjorie, él hablaba de mí cuando yo no estaba presente, y le gustaba formar parte de mis visitas cada que podía.

—Sube tu mochila, y no olvides tu lonchera.

Alec regresó trotando a la casa; de la misma puerta salió Nova sosteniendo una mochila café de cuero reluciente, con un bordado distintivo de los ancestros de la villa. Miré a Marjorie, ella supo la razón.

—Necesitaba una, tal vez se lo comenté a Thess y ella se la regaló. Ha venido más seguido.

Traté de hacer ver que no me molestaba si ninguno de mis amigos me hablaba sobre sus visitas a Nova.

—¿Lista? —preguntó a Nova, ella asintió— Primero dejaremos a Alec en su escuela, y luego me dejarán a mí en el restaurante.

Nova movió su cabeza de nuevo. Ya a nuestro lado, Marjorie la guio hasta el asiento del conductor de mi auto.

—¿No irás adelante? —Le preguntó, yo tomaba lugar en el asiento del conductor.

—No tiene caso, tú harás el viaje más largo.

Una vez dentro, los dirigí a cada quien, a su destino bajo la estación de radio escogida por Maggie, de country y folk. Apreté el volante después de que Marjorie cerrase la puerta. Nos despidió con un ademán.

El camino fue silencioso, bajé las ventanas del auto aprovechando el buen clima de ese día y que el ruido del viento acallara mis pensamientos.

La casa de los padres de Nova se encontraba sobre un rumbo poco transitado; en general, esas casas pertenecían a jubilados o matrimonios mayores. Habría visto la casa unas cuantas veces en mi vida, cuando estaba abandonada y no lucía nada a como se veía en ese momento.

—¡Vaya! ¿Ésa es?

—Casa azul, ventanas blancas, el buzón viejo de Marjorie. Ésta es.

—¡Estúpida suerte la mía! —escapó de su boca, de inmediato sintió mis ojos en ella y lanzó una mano a su boca—. Perdón, lo siento, me refiero a que, ¿en serio? Nunca dijeron que era así de grande.

Sí, era grande para el tipo de construcciones en ese lugar.

Estacioné el coche lo más cerca del poche posible. Ella no aguardó ni un segundo en salir a examinar la zona.

—¿Ustedes pagaron por todo esto? ¿Cuánto gastaron?

Cerré la puerta una vez que descendí. Arreglé el cierre de mi chamarra.

—No te preocupes.

—¡Pero es que mira! —Señaló al edificio con ambas manos, las trenzas de cabello le cayeron de los hombros— ¡Es prácticamente nueva!

—Tómalo como un intercambio.

—¿No pusieron muebles dentro, o sí? —corrió sin esperarme a la puerta de entrada, tomando de su bolso de cuero las llaves que mi abuelo le concedió.

—Ay, maldita sea…

Se adentró en la casa a pasos lentos. Una ligera sonrisa se dibujó en mi cara.

Había algo en ella cambiando, una energía diferente emanando desde todas partes de su cuerpo, incluso en su voz. Me di la oportunidad de retirar mis dudas sobre ella un momento.

Tomé cuantas cosas pude de la cajuela del auto y la seguí dentro, dejándolas descansar en el piso en donde no estorbaran.

Apenas si eran un par de muebles aquí y allá, cosas que mi abuela se había encargado de recolectar con gente conocida, y restauraciones de las mismas que la casa tenía en un inicio. Tapizaron de nuevo las paredes, otras más fueron pintadas; el servicio de plagas fue el último en atender el llamado, había uno de esos papeles firmados con su sello sobre la mesa del comedor.

Nova bajó las escaleras con la expresión incrédula y los pies pesados sobre la madera.

—Debo pagarles esto un día.

—Oh, en parte ya lo has hecho —dije recordando la libreta que investigaban en la comisaría—, aunque, tú sabes, pudieras agregar algunos honorarios tal vez, no nos molestaría.

Las comisuras de su boca se alzaron, recargó parte de su cuerpo en el barandal de la escalera. —¿Estás comenzando a bromear conmigo?

¿Lo hago?

Ella bajó las escaleras dando pequeños saltos. El cambio distante entre la Nova que llegó a la villa y la de ese día fue definitivo.

—Thess me dijo que muy en el fondo sí tienes sentido del humor.

¿Lo tengo?

—Pero he de decir que eres malísimo.

Pasó a mi lado con una sonrisa enorme en dirección a la salida. Una vez fuera de mi ensoñación, le ayudé con el resto de bolsas y artefactos que traía para la casa.

Sartenes, cortinas de baño, sábanas… había de todo allí.

—¿Quieres que te ayude a desempacar? —Pregunté viendo el montón de cosas en el piso.

Colocó sus manos en las caderas contemplando el bulto.

Dio un largo suspiro. —Nah, está bien. Me agrada tener algo qué hacer.

Caí en cuenta de la soledad que podría estar sintiendo, tener a alguien siempre cerca vigilándola, y no poder hablar o expresarse libremente.

Jugueteó con una de sus trenzas en su boca, perdida en sus pensamientos. Movió con uno de sus pies uno de los tubos que Marjorie le dio para colgar las cortinas en el baño.

—Oye —volví mi atención a ella—, ¿podría… no sé… trabajar aquí tal vez?

Mi ceño se frunció. ¿Podía? No había pensado en ello.

—Está matándome ser una carga para todos ustedes, además, así se ahorran la vigilia. Me sentiré un poco menos intimidada.

No era mala idea. Había escuchado de vacantes en la bodega de abastecimiento donde César trabajaba.

—¿Qué sabes hacer?

—No sé, ¿de todo? Aprendo rápido.

—¿Estudiaste alguna carrera?

Asintió. —Arquitectura.

Nada en ella aparentaba algo así.

—Ya sé, no me veo como una, ¿cierto?

—Creo que será difícil encontrarte algún trabajo de arquitectura, aquí no es una profesión muy demandada.

—Estoy bien con lo que sea que encuentren.

Moví la cabeza en entendimiento.

—Hey, una cosa más —Se movió hacia la chimenea de la sala, había troncos acomodados a la perfección en una de las paredes cercanas a ella—, ¿me enseñas a encender esto? Voy a congelarme aquí sola, estoy segura.

Me acerqué para mostrarle lo sencillo de la tarea. —Debes creer que nos quedamos en la edad media.

—Marjorie tiene calefacción en su casa, así que no, no me pasó por la cabeza —Me vio con atención mientras acomodaba los troncos suficientes en el espacio—. Es sólo que, cuando viajaba a otras partes, mi mejor amiga era la que se encargaba de hacer cualquier mínimo detalle, yo soy demasiado tonta. Tendré que aprender ahora. Si ella me viera…

Hice una forma de pirámide en el centro, luego le mostré las pastillas de encendido que debía usar.

—¿Cómo se llama?

Puse las pastillas en su lugar y tomé las cerillas largas.

—Gina.

Finalmente encendí la chimenea dando unos toques a los troncos con el

atizador.

—Gracias, imagino que puedo hacerlo sola la próxima vez.

—Sólo asegúrate de limpiar antes. Y no mojes los troncos.

—Entendido —hizo un ademán de soldado militar.

Dejé el atizador colgado a un lado de la chimenea.

Ella se dejó admirar el fuego alzándose en la madera. Me vino una pregunta a la mente, ¿extrañaría a su hermano de vez en cuando? No quise atacarla con esa duda de forma tan directa. A fin de cuentas, seguía siendo alguien cercano a ella.

—¿Extrañas tu ciudad?

Despegó los ojos oscuros de las llamas. Mi pecho ardió tanto como el fuego en esa chimenea cuando desplegó la mirada hacia mí. Rasqué el sitio en el que mi pecho acribillaba sin piedad.

—Sé que debería —soltó una risa baja—, mas no es así. Mi amiga sabía sobre la idea de dejar todo atrás. Y en cuanto a mi papá, creo que lo único que siento ahora mismo es decepción. Sobre mi hermano, no sé cómo sentirme.

Mis manos viajaron dentro de los bolsillos de mis pantalones. Los ojos de Nova brillaron en las comisuras con lágrimas no soltadas. Tal vez se encontraba todavía en un estado de negación.

—Extraño cuando éramos niños y no nos preocupaba nada, supongo.

No deseaba verla llorar. Ella se abrazó a sí misma buscando refugio.

—Unos años después de la última rebelión —comencé a decir desviando la vista a la ventana a un costado de la chimenea—, me escapé de casa de mis abuelos. Tendría unos doce años.

Enmudeció al escucharme. No logré conectar la vista con ella mientras hablaba. Intentaba hacer que su dolor aminorara; no éramos del todo diferentes.

—Me fui al bosque —Las imágenes pasaron como una película frente a mis ojos—, justo donde ejecutaron a los miembros de la villa que se opusieron a marcharse y entregar sus tierras. No pensé en lo que necesitaría para sobrevivir estando solo. Apenas pasaron dos días, escondiéndome en los árboles y sin poder dormir, y César me encontró siguiendo su propia

intuición.

Soltó una risita. —Todos los que hablan de César parecen admirarlo.

Moví la cabeza afirmándolo. —Es una buena persona, y es el mejor en todo por aquí.

—La gente también habla bien de ti, los he escuchado. Dicen que siempre has sido un deportista nato.

Me vi forzado a negarme. —César era mejor. Lo dicen para quedar bien con mi abuelo.

La miré de reojo, su reacción seguía escondida tras un rostro confundido.

—¿Se supone que tú quedes a cargo de este lugar? Thess lo ha mencionado antes, solo no le pregunto más allá, no sé cómo se lo tomaría.

¿Qué tanto sabía ella sobre nosotros? Más allá de las leyendas sobre monstruos y una comunidad ermitaña, podría no ser mucho, o tal vez ya sabía todo.

—Se les llama "líderes vitales". Es lo equivalente a un alcalde. Y sí, es lo que se espera de mí —dije acercándome a la ventana. Tenía rato viendo el seguro de la misma abierto, así que lo arreglé para evitar que los troncos se mojaran a causa del clima reciente.

—Como… ¿como un rey?

No logré evitar reírme. —No somos tan importantes.

Asintió. —¿Pero tú lo quieres?

Ahí estaba, la pregunta que me hacía yo mismo a diario.

—No me molesta si las personas aquí consideran a César el mejor prospecto porque yo estoy de acuerdo, y por eso él es quien debería tomar ese lugar.

Regresé a mi sitio anterior, esta vez enfrentándola. Ella tenía los brazos cruzados al frente, trataba de encontrar la mentira en mis facciones.

—No creo que sea el mejor en todo. Yo creo que tú eres mejor observando.

Un resoplido salió de mi nariz. No me tenía lástima a mi mismo,

solamente aceptaba la realidad, y en ella, yo no era muy destacable.

—En todo caso, ¿eso de qué me sirve?

Paseó sus pupilas en mi rostro. —Las personas observadoras suelen reaccionar mejor. Son más cautelosas. Como cuando recién llegué aquí, y lo primero que hiciste fue encerrarme a tu merced para crearte una imagen de quién era yo. Una persona observadora tiene más probabilidades de sobrevivir en una emergencia. ¿Sabías que los paramédicos evalúan la zona de riesgo aún antes de atender a alguien que podría estar muriendo?

Me tomé la tentativa de adularme de forma cautelosa.

—Sólo digo, Dexter —La primera vez que me llamaba por mi nombre—, eres útil para esta comunidad, ya vendrá tu oportunidad para demostrarlo.

Debí agradecerle que me tuviese en tan alta estima. Solo había un problema.

¿Qué si no quiero la oportunidad?

Capítulo 8

Fui en parte, obligado a arrastrar mi auto al Honky Tonk el fin de semana. Ese bar no traía nada bueno; las noches comenzaban bien, y terminaban en algún altercado. Para mi mala suerte, hoy era uno de esos días en los que ningún miembro de nuestro grupo usual hacía vigilia, y Thess insistió en reunirnos con la excusa de acostumbrarnos a la presencia de Sebastián.

Las mesas redondas apenas permitían que unas cuantas personas se acomodaran en una sola sin estorbarse unos a otros, por lo que cuando ella llegó y la mayor parte se hallaban ocupadas, escogió la más cercana a nosotros, aún demasiado lejos para escucharla. Ella nos saludó levantando una mano desde su lugar con una sonrisa plantada de oreja a oreja.

Y cuando se reacomodó en su asiento, pudimos ver a Marjorie tomando asiento en la mesa junto a otra mujer.

—¿Es esa la citadina? —profirió Miles con la punta de la cerveza en sus labios.

—¿Qué ahora todos son sus amigos?

La pregunta de su hermano se me antojó vergonzosa. De cierta manera, tenía razón, y en otra se oía como un adolescente discutiendo sobre quiénes deberían recibir la ley del hielo y quiénes merecían la palabra.

—La gente está muy desconfiada últimamente —comenzó a explicar Andrea, había mantenido el usual moño en su cabeza que usaba en el restaurante—, piensan que es una espía y nos está engañando.

—Lamento romper su burbuja —interrumpe Sero en el extremo más alejado de una de las mesas que acercamos—, pero Nova acaba de ayudarnos esta semana a trazar un mapa de las casas de varios miembros del batallón. Revisé los nombres que me dio, y coinciden con registros oficiales y mapas digitales.

César, a un lado de él y con un cigarro en la mano, sonríe satisfecho.

—La chica está custodiada todo el tiempo, no hemos notado nada extraño hasta ahora. Denle un descanso, ¿quieren?

—¿Es cierto que le ofrecieron trabajo en la bodega de abastos?

Nuestros rostros giraron al de Ferdinand. No nos quedó más que reírnos

ante su evidente curiosidad. No tenía remedio.

César apagó lo que le restaba al cigarro en un cenicero.

—Era lo más seguro para todos; así estoy al pendiente de ella, y difícilmente podrían encontrarla si alguien llega a buscarla. Además, no podemos esperar que se quede encerrada en esa casa sin volverla loca. Sigue siendo un ser humano, y aún debemos ganarnos su confianza.

A mi lado y sobre la mesa, un par de manos retumban en la madera haciendo temblar las bebidas y la botana de sus platos.

—¡Marjorie! ¡Qué linda te ves hoy! —grita Miles, seguido de un chiflido.

—Muy, muy fuera de tu liga, Miles. Aunque por allá en la barra hay unas cuantas chicas lindas y universitarias.

—Me gustan con experiencia.

Marjorie evitó responder al guiño que le dedicó el gemelo. Ignorándolo, dirigió su vista a mí.

—¿Podemos juntar nuestras mesas? Thess está ansiosa por presumirnos los muchos dotes de Sebastián.

Tiberius casi se ahoga con su cerveza. Andrea soltó una carcajada.

—¿Podemos? —Me observó insistente.

¿Por qué era yo el de la decisión? De pronto, todos me observaban esperando por mi respuesta. Y lo dudé, y ellos me vieron mover los labios sin llegar a decir palabra coherente.

Detrás de ella, Thess se apoya en su espalda asomando la cabeza hacia nosotros.

—¡Hola! ¿Juntamos mesas?

Las miradas recaían de nuevo en mí. Mi exasperación se hizo evidente a través de la expresión de mi frente.

Levanté mis manos en señal de rendición. —¿Y por qué debo decidirlo yo?

—Los amigos que traen las dos son muy poco... convencionales —dijo Miles.

Thess entrecerró sus ojos hacia él. —¿Te intimida tener una conversación

con un par de personas estudiadas, Miles?

Tiberius rio burlándose de su hermano, dándole palmadas en el hombro.

Al final, en la villa no era muy común salir a estudiar otra cosa más que carreras técnicas; tan sólo terminar la preparatoria era considerado una buena meta. Y de los pocos que salían al mundo exterior hacían, la mayoría no solían regresar.

Thess era buena con esas bromas sobre los lugareños porque ella también habría salido en algún momento, y la gente solía juzgar su estilo de vida a pesar de haber regresado más asertiva y coherente que nunca.

—Te recuerdo que Sebastián no cruzaba ni palabra con nosotros cuando cursábamos la secundaria —dijo Andrea con simpleza en la voz—. Y nuestra distancia hacia Nova está un poco justificada.

—¡Lo de Sebastián fue hace años! La gente puede cambiar —defendió Thess—, yo lo hice hace un tiempo, ¿lo recuerdan? Cuando dormía en las calles hasta el cuello de borracha.

Sus rostros pasaron de un semblante divertido, al de uno bastante serio.

—Lo que pasó con Sebastián fue hace años, ¿y no lo han podido superar? —agregó Marjorie, ella no había escuchado ese detalle sobre él antes.

—Además —prosiguió Thess saliendo del escudo que fue el cuerpo de Maggie—, ni siquiera se han dado la oportunidad de conocer a Nova un poquito. Se siente bastante sola estos días, y hablar con la gente le hace salir de su caparazón, la he visto.

Como cuando charlamos en su casa el otro día.

—Las cosas que me ha contado... —añadió Maggie, nos veía a todos por turnos— ...yo creo que podría tener depresión o algo así. Y encima debe soportar la forma en que las personas la ven en la calle, o cómo la ignoran. Eso es peor.

César se removió, mis ojos y los de él se encontraron un momento. Ambos denotábamos incomodidad, pero en mí había algo más. Culpa, era probable.

—Sólo no sean unos imbéciles, ¿quieren?

Thessalia nos abandonó, seguida de Marjorie. Volvieron a su mesa, en donde Nova y Sebastián entablaban una conversación apacible.

—¿Entonces nosotros estamos mal? ¿Así nada más? —exclamó Andrea.

La música cambió de tono, igual que el ambiente en la mesa. Comenzaron a discutir sobre los peligros de tener a un posible espía inmiscuido en el pueblo, por encima de la música de cierto grupo de rock que no merecía ser acribillado a causa de sus voces.

No los escuchaba.

Vi cómo los llevaron a la mesa una botella de tequila importado, porque Sebastián podía pagar por eso y más. Tal vez trataba de lucirse. Les acercaron rebanadas del pay de la casa. Nova casi se atraganta con el primer trago del vaso de vidrio, y los demás se rieron con ella, ayudándola a limpiar su blusa y la mesa.

Ella sonrió.

El pay casero de ese lugar era excepcional y a ella le fascinó tanto que Sebastián le regaló su pieza intacta. Siguieron platicando. Los cuatro sonreían, lucían contentos de estar allí. Se veían tranquilos y sus bromas seguro daban risa, pues a lo lejos me encontraba yo mismo sonriendo de forma leve tan sólo de verlos carcajearse a voz alzada opacando la música de fondo.

—Vamos, Dex —dijo Ferdinand, con un golpe leve en mi hombro—, eres el elegido.

¿Qué?

—Te estás durmiendo, hombre —César señaló a la mesa de Thess—. Estamos diciendo que uno de nosotros debe poner el ejemplo. Yo ya he hablado con Nova antes, le toca ahora a uno de ustedes.

—Yo también he hablado con ella —dije dando un sorbo grande a mi cerveza, terminándola y dejando un sabor agrio en mi garganta producto del calentamiento de la misma.

—¿Ah sí? —preguntó con visible curiosidad— Monosílabos y gruñidos no cuentan.

Los demás saltaron en risas. No iba a sacar una explicación en contra de eso. Yo sí solía hacerlo, era consciente. No podía evitarlo muchas veces.

—Tú serás el líder vital algún día —Me recordó Sero, chocaba sus uñas contra el vidrio de su cerveza, prestando plena atención a mi reacción—, debes tener más iniciativa que César.

Lo odiaba la mayor parte del tiempo por ser un sabelotodo y dar justo en el blanco con cada uno de sus comentarios. No hablaba mucho, más cuando lo hacía, tendía a retar a las personas para conocerlas mejor.

—¿Y de qué rayos voy a hablarles? ¿Del clima?

—Dios mío Dexter, en serio eres pésimo cuando se trata de acercarte a la gente —dijo Tiberius haciendo a los demás afirmar lo dicho—, buena suerte la tuya que al menos eres medianamente bien parecido, si no la gente huiría.

Moví la cabeza hacia la otra mesa evadiendo que alguien más continuara su crítica. Esperé a que terminasen de reírse.

—Lo haré. Sobre el maldito clima será.

—Haz que nos mande una de esas botellas caras de tequila.

Me puse de pie convencido de lo mal que saldría. Una sensación, un presentimiento pésimo se asentó en mis entrañas; obligué a mis pies a moverse entre la gente y las mesas.

A mis oídos llegaron gritos provenientes de la parte trasera del bar, en donde los clientes solían quedarse a fumar cerca de sus motos o sus autos. Algunos se levantaron de su lugar para presenciar el altercado, y perdí de mi vista la mesa a la que trataba de llegar.

—¡Pelea!

Gritaban animados a mis costados.

Exhalé, con más cansancio que fastidio. Logré visualizar a mi primo a unos metros detrás entre el movimiento agitado de individuos; un "debes verte como alguien de utilidad en cada oportunidad que tengas" de la última conversación entre los dos, regresó a mi memoria taladrando hondo.

Entonces me dirigí al sitio de donde provenía la mayor parte del escándalo. Tuve que empujar con mis hombros a unas cuantas personas por la puerta trasera a causa del tumulto formado en apenas unos cuantos segundos.

En medio de un círculo de gente, dos hombres conocidos se sujetaban de las solapas de sus chaquetas con fuerza diciéndose algo entre dientes. Luego, vinieron un par de golpes desatinados. Mis ojos rodaron al cielo. La escena era patética.

Uno de ellos, el más joven, era conserje en la escuela primaria; el otro era una figura célebre entre los borrachos acreditados de la villa, soldador en un taller metalúrgico y durante los fines de semana no hallaba otro pasatiempo más que el de rondar de bar en bar buscando problemas.

El conserje no se veía tan azorado como él. Se levantó del suelo limpiando sus pantalones, el otro apenas pudo sentarse.

—¡Vuelves a acercarte a mi moto y te daré una buena tunda!

Sólo ahí observé la motocicleta yaciendo en el suelo a un par de metros, siendo levantada por otros sujetos.

—¡Los vi! —Se excusó el otro, levantando ambas manos y seseando las palabras— Nadie me escucha, pero los vi pasar.

¿De qué demonios hablaba?

La muchedumbre comenzó a despejarse.

El soldador tomó un puño de tierra húmeda del suelo y se la arrojó, atinando en sus pantalones y provocando de nuevo la ira en el otro.

—¡Maldito borracho!

—¿Dexter? —César me había alcanzado— Oh, ya veo...

El conserje se abalanzó de nuevo contra el borracho, ambos dieron una pirueta en el piso. Los aún presentes reían porque ninguno de los dos tenía mucha experiencia en el campo de las artes marciales. Los golpes no aterrizaban en ninguna parte.

—Eh, ya fue suficiente —dijo César en voz alta en camino hacia ellos. Me lanzó una mirada asesina antes de intentar separarlos.

Me dije a mí mismo que aquello no tenía caso alguno.

—¡Se fueron en su auto de lujo! —El soldador sacó de entre su desvarío.

César había logrado sujetar al otro tipo del gorro de su chamarra, sacándolo del campo de batalla.

—¡No sé de qué mierda está hablando! ¡Pero ya nos hartó a todos! —Se defendió sacudiendo su cuerpo antes de alejarse a su moto.

Me acerqué a César, el borracho aún no dejaba de hablar.

—¡Un auto rojo más rojo que la cara de ese estúpido! Eran cuatro, no sé dónde está el taller. Hay muchos aquí.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cesar recobrando el aliento.

—¡Nadie me escucha! —Lanzó más tierra hacia nuestros pies —¡Son unos inútiles! ¡Nos van a matar a todos! ¡A todos!

Se puso de pie amenazando con una navaja que sacó de alguno de sus bolsillos.

—¡Hey! ¡Más vale que te detengas ahora!

Habíamos atraído de nuevo la atención. Más personas salieron del bar.

—Oye, ¡oye! —grité atrayendo su atención, le mostré mis manos vacías al aire— Cálmate, dinos de qué demonios estás hablando y tal vez podamos ayudarte.

Su cabeza se movió hacia los lados, el cabello le caía desordenado.

—Se fueron en un auto ro... rojo.

—¿Quiénes?

—¡Ellos! —levantó una mano señalando la carretera vacía.

—¡Está bien! De acuerdo, ¿quiénes eran? ¿Los conoces?

—No, eran chicos —dijo bajando poco a poco la navaja—, era un auto bonito.

César y yo intercambiamos miradas de reojo. Sabíamos lo que eso se podía significar, solo no supusimos que fueran tan estúpidos como para seguir haciéndolo después del accidente.

—¿Te dijeron que buscaban? —preguntó César sin retirar la vista de la navaja.

—El taller.

—¿Qué taller? —Yo sabía, necesitaba asegurarme.

—¡No sé! —Llevó una mano a su cara despejando la duda, después examinó a las personas rodeando la escena; allí entre ellas encontró algo que lo alteró, y volvió a levantar la mano que llevaba la navaja— ¡Tú los

trajiste aquí! ¡Maldita intrusa!

Siguiendo la dirección de su cabeza, di con la persona a la que señalaba.

Nova abrió los ojos desbordada en incredulidad. Hubo suspiros y murmuros ante la acusación del sujeto. La sangre me hirvió.

Sin dudarlo un segundo más, César lo desarmó usando una llave con sus brazos y lo tumbó en el suelo, lanzó con un pie la navaja hacia mis pies. La tomé y la cerré.

—¿Eso es verdad?

—Ella no debería estar aquí.

—Yo también vi el auto.

Mi primo me observó, manteniendo entre sus brazos el cuerpo retorcido del culpable del bullicio.

—¡Esto no está bien!

—¡Sáquenla de aquí!

—¡Nos van a matar a todos!

Las cosas escalaron de forma vertiginosa.

—¡Váyanse de aquí, ahora! —Me indicó César.

No necesitó decir nada más. Para cuando él terminó con la última palabra, yo ya me había movido en su dirección; la tomé del brazo, y nos encaminé con zancadas grandes rodeando el bar hacia mi auto.

Detrás de nosotros, unos pasos nos perseguían corriendo.

—¿A dónde la llevas?

No la miré. —Sólo hablaré con ella un minuto.

—Dexter, te lo advierto, no te dejes llevar por esto.

La metí en el asiento del copiloto y enseguida me encerré con ella en el otro asiento, insonorizando los reclamos de Thess y Marjorie afuera.

Respiré hondo un par de veces. Las manos, de no ser porque las mantuve apretadas en el volante, me temblarían. Veía rojo, estrellitas brillaban a los costados de la visión de mis ojos. Parpadeé fuerte tratando de

despejarme.

La escuché moverse. Por el rabillo del ojo la vi sobarse los brazos buscando algún alivio ante lo sucedido.

—¿Conoces a alguien del batallón con un auto rojo y llamativo?

No contestó de inmediato, pensó en su respuesta; la voz no le tembló.
—Conozco a dos. Pero sólo uno tiene un auto nuevo y brillante.

—¿Jóvenes?

—Sí. ¿Volvieron aquí?

Asentí cerrando mis ojos.

—Aparecieron afuera del bar.

Acaricié el puente de mi nariz, mi respiración al fin se acompasó, aunque iniciaba un dolor de cabeza.

—No pensarán que yo los atraje aquí, ¿o sí?

Bajé las manos a mi regazo, buscando las llaves del auto en mis bolsillos. Ni siquiera recordaba en dónde las había puesto.

—Claro, eso es justo lo que creen. ¿Es en serio? —Se volvió en el asiento para enfrentarme— ¿Y tú lo crees también?

Intento no hacerlo.

Me tomó todo de mí no alzar la voz a causa del desborde de nervios en mi sistema.

—Ahora mismo no lo sé.

Encontré las llaves en el bolso trasero de mis pantalones.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Ni siquiera tengo un maldito teléfono conmigo! ¿Se supone que yo debí haberles llamado o algo así?

El tono de aflicción en su voz me provocó voltear a verla. Me arrepentí de haberlo hecho. Sus ojos se volvieron acuosos en segundos. Con su mano, sujetaba el brazo contrario en el sitio donde mi mano la habría tomado para traerla conmigo.

—Sólo digo que sus dudas no están del todo injustificadas.

—¿Injustificadas? —Su boca se abrió, una seña de incredulidad— ¿Yo les he dado razones para tenerme esa cantidad de desconfianza?

Ahí tenía razón.

—Increíble —Su rostro se giró al frente, cruzó ambos brazos protegiéndose de los comentarios—, sabía que no debía venir aquí hoy. Debí haberles dado más tiempo, me temo que los sobreestimé a todos.

Su disertación me caló a pesar de no ser palabras hirientes.

—Necesitas ponerte en nuestro lugar... —comencé a decir.

—¡Y una mierda! —exclamó golpeando sus piernas con las palmas, sus ojos mordaces atacando los míos— ¡Nadie se pone en el mío! ¡No he hecho más que seguir sus indicaciones y permitirles que me vigilen las veinticuatro horas del día! ¡Estoy harta!

Sus lágrimas se desbordaron, rodando apenas un pequeño tramo antes de ser retiradas con furia de sus mejillas.

—¿No te has preguntado si tal vez, sólo tal vez, algún miembro de tu pueblo podría estar dándote la espalda?

Los músculos de mi cara se contrajeron en disgusto, el rechazo ante la mera idea de tener traidores en la villa me aborreció.

—¿De dónde demonios sacas eso?

Inspeccionó mi rostro con detenimiento, midió las siguientes palabras.

—Ellos tenían mapas demasiado bien trazados, nombres de lugares, hogares señalados... ¿cómo podrían haberlo hecho solos si la ubicación de la villa ni siquiera aparece en internet? ¿Y ese grupito de adolescentes que se creen omnipotentes al venir aquí? No son demasiado inteligentes. ¿No se les había ocurrido? Tus enemigos están aquí mismo, en tu villa, bajo tus narices. Estoy segura.

No me apresuré a aceptarlo. No podía hacerlo, pues aquello contemplaba la idea de que habíamos sido descuidados y demasiado confiados. Y estúpidos.

Y de alguna forma me volvería a mí en contra de mi propia gente, todo por dejarme llevar a través de un instinto no correspondido. Debía actuar

con la cabeza fría.

—Escúchame —Moví mi cuerpo lo suficiente para enderezarme y mirarla unos centímetros hacia abajo, por si aún algo de mi podía intimidarla—, mi único deber aquí es proteger a mi familia y mis amigos, así que, si encuentro una, al menos una sola razón para justificar tu exclusión de la villa, estate segura que voy a encargarme personalmente de que así sea.

La lucha entre nuestros ojos nos rodeó de una nube negra, un túnel incomunicándonos del resto del mundo y del tiempo. No estuve seguro si logré infundirle miedo, si la puse de vuelta a su lugar como una refugiada en espacio ajeno. Ella no flaqueó ni un momento, y me sostuvo la mirada sin derramar otra lágrima.

El silencio me pesó en los hombros, el dolor de cabeza aumentó.

Hubo un ruido de un par de toques en su ventana. Nova retrocedió, con aura resignada y aún molesta, abrió la puerta de su lado y se retiró del auto.

Antes de que esta se cerrara, una mano delgada la volvió a abrir, y la cara furibunda de Thess se mostró delante de ella.

—¿Qué demonios le dijiste?

—No voy a discutir contigo —aseveré llevando las llaves a la ignición.

—¡Eres un idiota Dexter! ¡No te lo digo lo suficiente!

—Nos vemos luego, Thess —Mis sienes estallaban, su volumen me afectó menos que verla ponerse del lado de la persona que acababa de conocer.

—¡Ni siquiera has cumplido con lo que tu abuelo te encomendó! ¡La tratas como todos aquí y no le permites abrirse! Ella no es como tú crees, yo lo sé, César lo sabe, Marjorie también.

Todos menos yo.

—De verdad, a veces desearía golpear tu cabeza con algo. Cada día estás más encerrado en tu propia miseria de soledad.

Cerró la puerta con un azote.

El eco del ruido se mantuvo palpitante por un tiempo más en mi cabeza. Los vi entrar al auto de Sebastián. Los vi marcharse en él. Todavía percibía los vestigios de mi malestar cuando vi a los gemelos retirarse del bar a una extraña temprana hora de la noche, al mismo tiempo que César

lo hacía.

Hice los ejercicios de respiración que había aprendido con la psicóloga de la preparatoria, una mujer que ya había fallecido hacía años. No estaba seguro de si lograban alguna diferencia, no los hacía con suficiente paciencia o seriedad.

"Cada día estás más encerrado en tu propia miseria de soledad."

Me odié a mí mismo un poco más esa noche.

Capítulo 9

Regina:

Ayer se cumplió una semana desde que te fuiste. Te prometí no actuar como un hombre celoso marcando territorio, te juro no lo hago. Solamente no podía dejar de pensar en ti estos últimos días, aún más que antes de irte.

No sabes el gusto que me da saber que estás cumpliendo tus sueños y superándote, admiro tu voluntad y tu iniciativa. Me pregunto si hay algo para mí allá afuera, si tomar el papel de líder es para mí, o si existe algo más en lo que soy bueno y no lo sé todavía. Y aquí en la villa probablemente nunca lo podré saber.

No me tengas lástima, yo no la tengo. Son cosas que me vienen a la mente cuando estoy solo, momentos donde por lo general, hablaba contigo o salíamos juntos.

No te preocupes, Erigo me ha hecho compañía y nos hemos mantenido ocupados, aunque aquí entre nosotros debo confesarte que tal vez el termine yéndose a la ciudad con sus otros hermanos en el futuro. Su madre está enferma al parecer. Planea dejar a los gemelos con el viejo Ron.

¿Te imaginas? Debe ser difícil tomar una decisión así.

Te extraño cada día más. Sé que dijimos que no gastaríamos en llamadas porque son muy caras, y entiendo que estás ocupada, pero puedo llamarte una vez al mes, sólo dime cuándo para no interrumpir tus quehaceres.

Te amo. ¿Puedes enviar fotos?

Te mandaré un par en cuanto arregle mi cámara.

Cuídate,

Horacio